This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

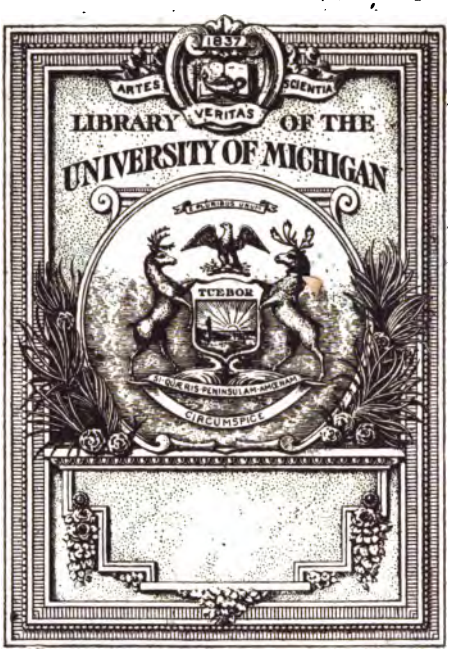
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

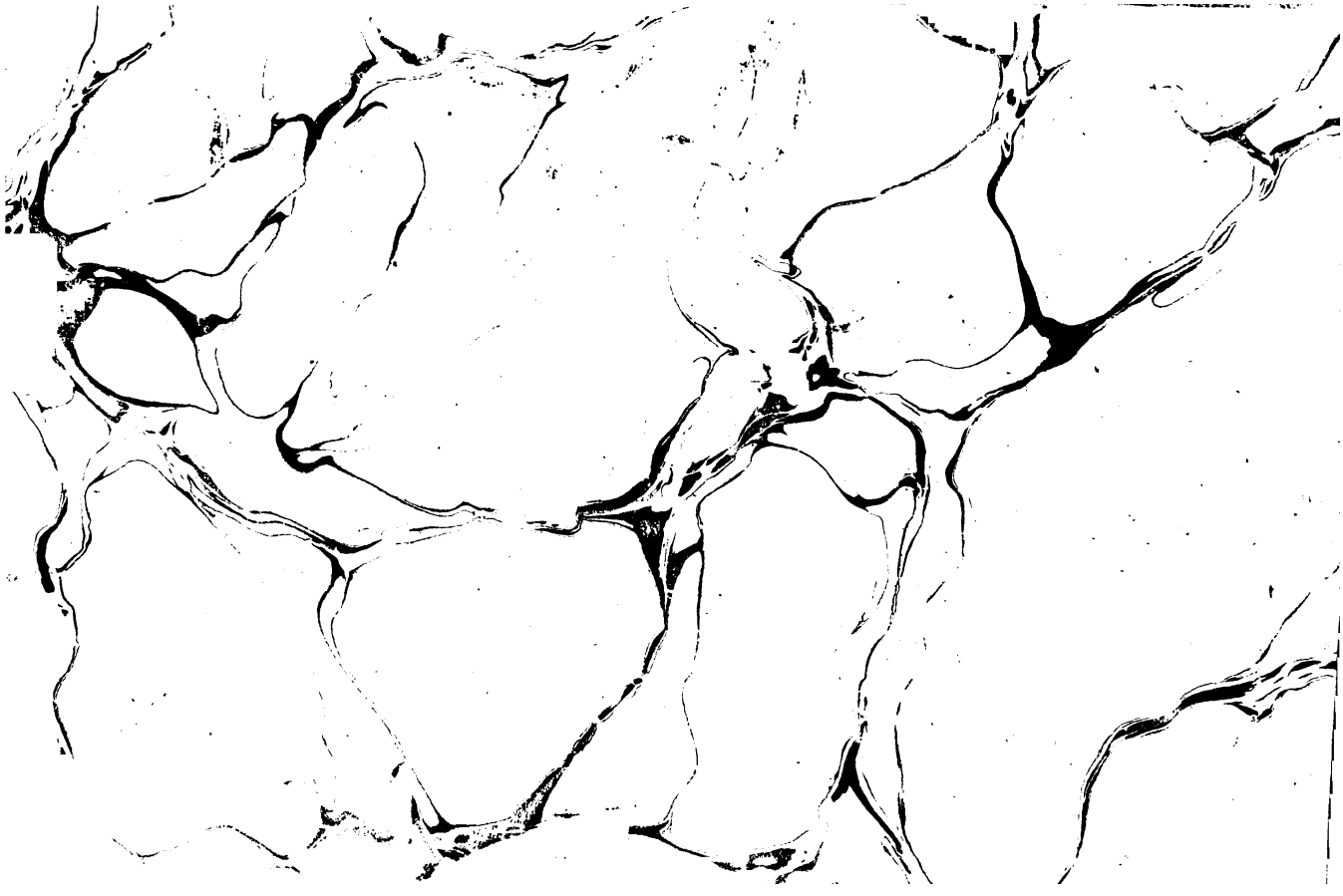
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464646 DUPL


ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE



$1.40

868
L864m

MIGAJAS

J. LÓPEZ SILVA

MIGAJAS

CON UN PRÓLOGO DE

SINESIO DELGADO

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1898

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

PRÓLOGO

¡Vive diez! (como diría
don Gil Blas de Santillana)
que hace tiempo tengo gana
de hablar de la poesía
castellana.
Y aprovecho la ocasión
de que mi amigo José
me pide una introducción
ó prólogo, ó no sé qué,
para echar mi cuarto á espadas
en los puntos esenciales
que tienen preocupadas
á las personas formales.
Pues señor,
se trata de averiguar
si en el siglo del vapor
es error ó no es error
ponerse á versificar;
si la Musa se ha cansado

331160

de soplar, y ya no sopla,
y es un loco rematado
todo el que escriba una copla.
Supone la mayoría
de la gente
que ya va la poesía
decayendo lentamente,
y no encuentran nuestros vates
la inspiración de los cielos
con que hacían... disparates
nuestros ilustres abuelos.
Pero hace falta saber
para juzgar en conciencia
si con esa *decadencia*
se va á ganar ó á perder.
Yo, por mí (Dios me perdone
si digo una tontería),
creo que esa poesía
cuyo fin se presupone,
la que canta de manera
que no dice lo que quiere,
hueca, falsa, tonta y huera,
ésa... ¡vaya si se muere!
Y más vale que se muera.
¡Basta de versos forzados
y palabras rebuscadas
y pensamientos robados
y frases encopetadas!
¡Abajo esos pretenciosos
poemas interminables,
ampulosos,

pesados, inaguantables,
y esas odas *Á la idea,*
Al sol, Al mar, Á María...
porque eso no es poesía
ni importa que no lo sea!
La que siente las pasiones
y describe lo que siente,
no con pompa y relumbrones,
sino lisa y llanamente,
la que no gasta en el traje
percalina y lentejuelas
y habla el sencillo lenguaje
de salones ó plazuelas,
la que arranca al natural
su caudal
de lágrimas ó alegría,
de placeres ó de penas,
la que busca en sus escenas
verdad... esa poesía
que no se sale del centro
por rodeos ni recodos
¡cómo ha de morir, si todos
la tenemos allá dentro!
Pájaros, flores, espumas,
trinos, auras, brisas, brumas,
todo, afortunadamente,
cayó en la sima traidora
del olvido. ¡Ya era hora
de hablar como habla la gente!
Yo creo que esto es un signo
feliz. Lo fingido sobra;

como lo prueba esta obra
de que soy portero indigno.

—

López Silva es uno de esos
poetas de nuevo cuño
ingeniosos y traviesos
que van metiendo en un puño
á los versificadores
incorrectos, rimbombantes,
que cantan dudas y horrores,
escépticos, soñadores,
románticos vergonzantes...
Sin modelo que seguir,
libre, expresivo, genial,
dice lo que va á decir
y nunca lo dice mal.
Sobre todo,
sabe dibujar de un modo
la gente de gorra y faja
que grita, riñe, trabaja,
tima, se emborracha y pega,
que en este punto quizás
nadie le aventaja... más
que Ricardo de la Vega.
Cuando hace hablar á esa gente
de rompe y rasga, el ambiente
de Lavapiés le satura
y al lector se le figura
mayormente
que la está viendo delante...
Y es que pinta la verdad

con esa desesperante
difícil facilidad
que ya quisiera yo ver
en algunos caballeros
que tardan años enteros
en pulir y componer.

—

Tal vez haya algún error
en mi modo de pensar,
porque profeso al autor
devoción particular;
pero permitid que crea
(sin la idea
de adular, ni por asomo)
que ha de gustar este tomo
muchísimo al que lo lea.
El título solamente
creo que no está bien puesto,
porque va á creer la gente
que es demasiado inmodesto;
y el argumento es sencillo:
—¿MIGAJAS estas alhajas?
Pues si éstas son las migajas,
¡cómo será el panecillo!

SINESIO DELGADO.

Enero de 1890.

¡OH, EL HONOR!

Á MI BUEN AMIGO CAMILO BARTRINA

Á pesar de los años transcurridos
no ha podido saberse con certeza
si el muy noble don Juan de Casarrubios,
conde de Pradofiel y Villaluenga,
tendría ó no motivo suficiente
para dudar de la virtud de aquella
que tantísimas veces le jurara
fidelidad eterna;
pero es lo positivo que una noche
se ocultó en el *boudoir* de la condesa
y en flagrante delito de adulterio
la sorprendió impertérrita
con el no menos noble y distinguido
barón de Miraflores de la Sierra.
Á punto estuvo el ofendido esposo
de hacer un disparate que sirviera

de sabrosa lección á los casados
con mujeres livianas y coquetas;
pero pensando al fin juiciosamente,
como los hombres de criterio piensan,
se dijo: «Tente, Juan, y no te pongas
al nivel de la gente sin vergüenza
que busca en el revólver ó la faca
solución inmediata á las ofensas.
Nada de barbarismos que rebajen
tu propia dignidad. Cálmate y piensa
que entre nobles, los lances de esta especie
se deben resolver de otra manera.»
Esto dijo, mandó salir al otro,
que tenía un *mieditis* de primera,
y con frases muy cultas, por supuesto,
puso de oro y azul á la condesa.

. . . . . .

Según cuentan las crónicas,
cuatro días después de aquella escena
pidió una explicación el agraviado
al barón que el ultraje le infiriera;
y éste, que como noble
estaba educadito á la alta escuela
y manejando el sable y el florete
era la admiración de sus colegas,
le dió un pinchazo en hueso, que no tuvo
por fortuna sensibles consecuencias.
Total: un agujero y un apósito,
cuatro días de cama, tres de dieta
y una honra que, según los elegantes,
quedaba como nueva.

Sin embargo, es lo cierto
que desde aquella fecha
tantas y tantas veces
faltó la ilustre dama á la decencia,
y al dar satisfacción al ultrajado
tuvieron los amantes tal destreza,
que el ínclito don Juan de Casarrubios,
conde de Pradofiel y Villaluenga,
vive con el honor hecho una lástima
y con el noble cuerpo hecho una breva.

—

Aplaudan los casados con mujeres
livianas y coquetas
al honorable y distinguido conde
que así las leyes del honor respeta,
y después que se cansen de aplaudirle,
bueno será que cada cual proceda
á comprarse un revólver ó una faca,
por si se ve como él. (¡Dios no lo quiera!)

PREDICAR EN DESIERTO...

—Pero, mujer, si comprendes
que ese hombre es un sinvergüenza,
¿por qué no te *desapartas*
de una vez? ¿Ó es que tú esperas
á que cambie?
—Sí, señora.
—¡Pues entonces, estás fresca!
Yo le conozco, y me *costa*
que el mejor día te suelta
dos *patás* en el estómago,
ú en otro sitio cualquiera,
y te lisia. No lo tomes
á broma, porque es muy bestia.
—¿Y qué me importa, si yo
le quiero?
—*Mas* que le quieras
no debes vivir con él
ni dos días *tan siquiera*,
porque el hombre que permite

que una mujer le mantenga
con el sudor de su cuerpo
no puede hacer cosa buena.
—Según y conforme.
—Mira,
tú has perdido la chabeta
por él, y va á sucederte
lo mismo que á la *Almejera*
con Melitón; es decirte
que, siguiendo así, te quedas
en pelota.
—Pero, madre,
mediando ya lo que media,
¿cómo le dejo?
—¿Que cómo?
¡Pues de cualisquier manera!
¿Tienes algún compromiso
firmao pa que Bruno pueda
obligarte á hacer la burra?
¿No le tienes? Pues ¡so bestia!
chafa con él, y que busque
por ahí otra primavera
pa que le llene la *andorga*,
igual que tú se la llenas
hace un año.
—Bueno, madre,
no me dé usté la jaqueca,
haga usté el favor.
—Pero, hija,
¡ten *cárculo tan siquiera*!
¿Es justo que tú trabajes

talmente como una perra,
pa sacar, sudando pringue,
tres miserables pesetas,
y que él se las gaste en vino
ú en otras cosas más feas,
es un *supongamos?* Díme:
¿no te da mala vergüenza
ver cómo vas, porque nunca
puedes comprarte una prenda,
mientras tanto que él se luce
con la cazadora nueva,
y gasta y triunfa lo mismo
que un duque? Mira, *Grabiela:*
á ti lo que te hace falta
es un sujeto que pueda
pagarte la *mantención*
y tenerte con decencia,
másime más, cuando sabes
que esto no impide que quieras
á quien á ti *te se* antoje,
con tal de tener prudencia.
—¿Sabe usté lo que la digo?
Que ya tengo la cabeza
igual que un bombo, de tanto
como usté me sermonea,
y que no me da la gana
de aguantar que nadie venga
armándome *toos* los días
broncas y marimorenas.
Métase usté en sus asuntos,
que es lo que le tiene cuenta,

y deje usté que *ca* quisque
viva como le parezca
que debe vivir.
—La culpa
la tiene quien se interesa
por animales, sin pizca
de educación ni vergüenza!
¡Así te reviente!
—Bueno.
¿Y á usté qué, si me revienta?

UNO DE TANTOS

I

Con los *pieses* metidos en almadreñas
y la ropa cuajada de costurones
y la cara cubierta de pelusilla
y las manos llenitas de sabañones,
caballero en un burro sucio y enteco,
desde un triste villorrio de cien vecinos
vino Pancho á la corte, veinte años hace,
á servir á un tendero de ultramarinos.
Pasóse un par de lustros, próximamente,
en continuado trato con fregatrices,
y sólo aprendió en este tiempo citado
á meterse los dedos en las narices.
—¡Soy un burro!—decía cierta mañana—
y sé que trabajando no haré carrera.
¡Es preciso agenciársela con otra cosa!
¡Es forzoso buscarla de otra manera!

II

¿.... .....
....

Vió el tendero á su chica pálida y triste,
y buscando las causas ávidamente,
tropezaron sus ojos en un detalle...
¡qué detalle, Dios mío, más elocuente!...
—¡Él ha sido el bellaco!—gritó furioso.—
¡Él ha sido el causante, no cabe duda!
Y cogiendo al buen Pancho por el cogote,
le pegó una paliza morrocotuda.
Pero al final, velando por su buen nombre,
el ofendido padre, dado al demonio,
pasados cuatro meses de aquella escena,
casó á la *frágil* niña con el bolonio...
.....

Y el que vino á la corte con almadreñas
y la ropa cuajada de costurones
y la cara cubierta de pelusilla
y las manos llenitas de sabañones,
caballero en un burro sucio y enteco,
desde un triste villorrio de cien vecinos...
hoy tiene una consorte bastante guapa
y tres ó cuatro tiendas de ultramarinos.

LA CANCIÓN DE SIEMPRE

—¡Sebastián!
—¿Qué?
—¡Vamos, hombre!
Que ya son las ocho dadas,
y me *paece* que no es hora
de estar metido en la cama.
¿Oyes lo que digo?
—Lo oigo.
—Pues á ver si te levantas,
y no me das la jaqueca
como todas las mañanas.
—Bueno, cállate.
—Si *fuese*
pa irte por ahí de *jarana*,
pué que no necesitases
tanto *pa* mover la raspa;
pero *pa* ir á la *ofecina*
tomas la cosa con calma,

y ni Dios te echa del catre,
cuantimás persona humana.
¡Pues no se ha vuelto á dormir
otra vez el *gandumbazas*!
¡Sebastián!
—¡Que no me chilles!
—¡Pero hombre!...
—¡Á ver si te *largas*!
Te he dicho cincuenta veces
que cuando estoy en la cama
no quiero que me den músic=,
y menos música mala;
conque andando.
—Tú te empeñas
en perder cada semana
seis jornales y en que yo
vaya siempre hecha una *guarra*,
y lo consigues.
—¡Felipa,
que te tiro una alpargata
si me calientas! Más vale
que me dejes dormir.
—¡Lástima
que no te duermas *pa* siempre,
so morral!
.....
....
—Trae la *cofaina*.
¿Qué hora es?
—Las once.
—¡Las once!

¡Maldita sea tu estampa!
Vamos, hombre, si no fuese
porque estás *adelantada*,
te daba así en los hocicos
como hay Dios.
—¡Tendría gracia!
—¿No estoy *cansao* de decirte
que no quiero caer en falta
ningún día? Pues entonces,
¿por qué no entras y me llamas,
si sabes que en cuanto te oigo
ya estoy fuera de la cama?
¿Ó es que buscas que *haiga* bronca?
¡Porque es muy fácil que la *haiga!*
—¡Hay que tener en el mundo
toda tu *poquisma lacha*
pa venir *entodavía*
con insultos y *fanfarrias*,
después de que he *estao* dos horas
lo mismo que una carraca
dándote murga en el cuarto
pa ver si te levantabas!
—¡Bueno! ¿Sabes lo que digo?
—¿Qué?
—Pues que hoy no tengo ganas
de cuestión, y *pa* que veas
te perdono.
—¡Muchas gracias!
—Pero lo que es si otro día,
pongo por caso, mañana,
no estoy en la fundición

AL SEÑOR MARTÍNEZ

Aunque á nadie le importe,
decirlo quiero.
Este señor Martínez
es mi casero.

¡Señor Martínez! Por los dolores
de la bendita Madre de Dios,
ponga usté coto sin perder tiempo,
con una enérgica disposición,
á los excesos casi brutales
de estos vecinos sin pundonor.
¿Usté no sabe, señor Martínez,
lo que sucede con ellos? ¿No?
Pues bien, sucede que hace ya un año,
cuando aún apenas alumbra el sol,
el caballero que vive enfrente
del entresuelo que ocupo yo
se sube al cuarto del inquilino
de la buhardilla número dos,
y uno en guitarra y otro en bandurria,

pese á quien pese, se dan charol
haciendo escalas y tonterías
que á mí me parten el corazón.
Luego, el del bajo de la derecha,
que es casi casi compositor,
ha escrito un *schottis* bastante feo
que se titula *Chas de Lamott.*
Además de esto, que acabaría
con la paciencia del mismo Job,
el del primero toca el armonium,
el del segundo toca el fagot
y el del tercero las castañuelas
y el manucordio y el acordeón.
Dos señoritas del otro bajo,
sobrinas de uno que trata en cok,
tocan al piano varios fragmentos
de la *Lucia de Lamermoor*;
y, en fin, el chico de la portera,
que es un insigne melocotón,
cuando no llora, ni corre ó juega,
ni tira coces, ni alza la voz,
se pasa el tiempo dando golpazos
sobre los parches de su tambor
precisamente junto á la puerta
del entresuelo que habito yo.
No hubiera dicho ni una palabra
de estos salvajes; pero ¡por Dios!
¡Si todos tocan alguna cosa,
y todos tocan de un modo atroz!
....
Ya usté conoce, señor Martínez,

mi exagerada circunspección;
pero me chinchan de tal manera
las señoritas y el del fagot,
y el individuo de la guitarra
y el caballero compositor
que si á estas músicas no da usté término
con una enérgica disposición,
la emprendo á tiros con los culpables,
lo mismo que una y una son dos.

UNA CONSULTA

—Bueno, ¿qué es lo que usté quiere?
—Pues mire usté, yo quisiera
dar pasaporte al comercio,
porque veo que no es esa
mi vocación. Tengo ya
la seguridad completa
de que vendiendo crudillos
y terlices y bayetas
tuerzo mis inclinaciones
y no me gusta torcerlas.
—Bien hecho, porque supongo
que tendrá usté otra manera
de vivir honradamente,
cuando de ese modo piensa.
¿No es cierto?
—Claro que sí.
Á mí me tiran las letras.
—¡Hola!
—Y estoy persuadido

de que en cuanto me resuelva
y publique en los periódicos
los versos de mi cosecha,
voy á quitar muchos moños.
—No digo que no.
—De veras.
—¿Ha escrito usté mucho?
—¡Digo!
Ya lo creo; si usté viera...
Tengo ya un montón así
de composiciones sueltas.
¡Como que todos los días,
después de limpiar la tienda,
me pongo á tirar de pluma
y no levanto cabeza
hasta que hago, por lo menos,
una ristra de cuartetas!
Al principal no le gusta
que yo cultive las letras
con tanto ardor, porque dice
que le descuido las ventas
y además tengo los géneros
de un modo que da vergüenza;
pero esto es inevitable,
porque, amigo, no me deja
la inspiración. Muchos días
estoy barriendo la acera,
pongo por caso, y de pronto
me se viene á la cabeza
un pensamiento sublime
con el cual hago un poema

en menos de diez minutos.
—¡Canario!
—Así, como suena.
¡Ca, si tengo una soltura!...
En fin, es tan estupenda
mi facilidad, que á veces
versifico aunque no quiera.
Anoche, sin ir más lejos,
me compró dos camisetas
la señora de Colindres,
una parroquiana nuestra
que tiene casa de huéspedes
en la calle de la Greda,
treinta y ocho duplicado,
principal de la derecha,
y la despaché en romance,
pero así, sin darme cuenta.
Si mi padre, que esté en gloria,
no hubiera sido tan bestia,
vaya usté á saber la fama
que yo tendría á estas fechas;
pero claro, al infeliz
se le puso en la cabeza
que despachando retores
hace fortuna cualquiera,
y no tuve más remedio
que apencar con sus ideas.
. . ..
¿Conque á usté qué le parece
mi resolución?
—Muy buena.

¿Cómo está usté de gramática?
—Hombre, no estoy fuerte en ella.
—¿Sabe usté latín?
—Ni pizca.
—¿Y francés?
—Ni media letra.
—¿Tiene usté conocimiento
de los clásicos?
—Apenas.
Conozco á Chas de Lamotte
y á Sañudo Autrán.
—¿De veras?
Pues se me ocurre una cosa.
—¿Cuál?
—Que siga usté en su tienda
vendiendo madapolanes
y crudillos y bayetas,
sin olvidar, sobre todo
si la inspiración le asedia,
que no se hace el chocolate
para mulas de colleras.
—¡Usté me insulta, don Rufo!
—¡Cállese usté, sinvergüenza!

SALDO DE CUENTAS

¡Sastre de condición dura:
me tortura
tu pertinaz insistencia!
¿Por qué razón, criatura,
me mandas con tal frecuencia
la factura?
¿Por qué eres tan exigente,
si sabes que me revienta
el tener constantemente
en mi casa al dependiente
con la cuenta?
¿Te van á sacar de apuros
los diez duros
que de un modo tan grosero
no cesas de reclamar?
¿Que sí? ¡Qué te han de sacar,
embustero!
¿Acaso cuando me hiciste

la ropa no me dijiste
con frase dulce y sincera,
sin traba ni cortapisa:
«Págueme usted cuando quiera.
No corre ninguna prisa?»
¿Y á pesar de que te sales
de lo que tratado está,
en seis años, dí, Perales,
no te he dado á cuenta ya
treinta reales?
¿Además, no te aseguro,
como cumple á un hombre honrado,
que el pico que no has cobrado
lo cobrarás de seguro
el día menos pensado?
¿Á qué, pues, si en puridad
aún no te he faltado yo,
haces eso? La verdad,
no tienes formalidad
ni Cristo que lo fundó.
¿Que quizá lo mismo haría
yo en tal caso? Tu osadía
no es fácil que me convenza.
¿Yo hacer lo que tú? ¡Vergüenza
me daría!
Tengo gente que me abona,
porque ya sabe la gente
que yo soy una persona
muy decente,
y haces una insensatez,
que en tu ignorancia se escuda,

al querer poner en duda
mi honradez.
¿Que por qué á obrar de este modo
cínicamente me atrevo?
¿Que por qué no pago todo
lo que debo?
¿Que por qué soy un pillastre?
¿Que por qué no doy razones?
¡Yo no entro en explicaciones
con un sastre!
No me pongas en un duro
trance con ese rigor
y ganarás, pues te juro
por mi honor,
que cuando logre alcanzar
un destinillo que espero,
tú vas á ser, Baltasar,
el primero
(que se quede sin cobrar).
Mas si porque te convenga
me mandas el *documento*,
no esperes que me contenga:
¡nada, al primero que venga
le revientol

ROMPIMIENTO

—Mira, mañana te espero
junto á la cacharrería
de Onofre; si quieres, bajas,
y si no, te estás arriba.
—Pero dí, ¿por qué no subes?
—Porque tu madre, Francisca,
es muy bestia, y yo no quiero
tratar con caballerías.
—No la faltes.
—Ca, si la hago
mucho favor *entoavía;*
sólo que tú, por lo visto,
vas haciéndote muy fina,
y te *atufas* en cuanto alguien
se mete con tu familia.
¿Me ofendo yo cuando dicen
algo malo de la mía?

¡Nunca! ¿Por qué he de ofenderme,
si es *verdá too* lo que digan?
—Bueno, ya sé que lo que haces
con todas esas pamplinas
es preparar el terreno
para buscar la salida.
¿No te parece?
—Lo que hago
es tragar mucha saliva.
—¿Por qué?
—Porque no me quieres,
ni me has querido en tu vida.
—¡Qué casualidad!
—Pues claro.
Vamos, al que se le diga
que después de cuatro meses
de relaciones *continuas*
estamos, como quien dice,
lo mismo que el primer día...
—¿Quieres variar? Nos casamos
y verás cómo varías.
—Me da vergüenza.
—Lo creo;
y hasta ver si *te se* quita,
¿pa qué has de buscar mujer
si puedes tener...
—¡Francisca!
—Como tienes la costumbre
de tratar con la *Donisia*,
que es tan *frígil*, no me extraña
que andes á caza de *primas;*

pero te *azvierto* una cosa.
—*¿Cuála?*
—Que á esta personita
no hay quien la toque en el mundo
sin ir á la Vicaría.
—Pues *pa* rato tienes.
—Bueno.
Así como así, *entoavía*
no *nesecito*, á Dios gracias,
que ningún hombre me vista,
ni que me dé *pa* el casero,
ni que me compre sortijas,
como esa golfa perruna
que tú conoces.
—¡Ay, chica!
Cualisquiera que te escuche
se va á pensar que eres hija
de algún príncipe lo menos.
—Toma, otras cosas habría
más difíciles.
—¿Pues sabes
que, en cuanto que te decidas
á quererme, voy á ser
un personaje, Francisca?
—Pero como que no pienso
decidirme mientras viva,
te quedarás de lo que eres:
de *méndigo* y compañía.
.....
—¿Lo has *pensao* bien?
—¡Me parece!

—De modo que...
—¡Ni tan *prima!*
Eres muy poquita cosa;
ya te lo he dicho.
—Pues mira,
voy á ver si encuentro un duque
y te le traigo en seguida;
pero será conveniente
que te pongas ropa limpia,
porque le va á dar mucho asco
si te ve así, tan cochina...
—Hombre, vaya usté... á paséo,
so boceras.
—¿Pican? ¿pican?...

MÁXIMAS, REFLEXIONES Y CONSEJOS

Si tienes unas botas y están rotas,
no te aflijas y cómprate otras botas.

Santa Teresa de Jesús.

—

Hurgarse las narices no es decente,
sobre todo delante de la gente.

Lord Byron.

—

No trates de buscar mujer ajena,
porque ofendes á Dios; pero, no obstante,
si se te pone á tiro alguna buena,
déjate de pamplinas y adelante.

El sentido común.

—

¿Quién sería el morral
que inventó los relojes de metal?

Un rata.

—

No pagues á los sastres en tu vida,
porque es gente muy poco agradecida.

Shakespeare.

—

Nos hablan del honor hombres de peso.
¡El honor!... ¿Y qué es eso?

Un político práctico.

—

Predica como yo la moral sana,
pero haz después lo que te dé la gana.

Muchos.

—

Aquel que en dulce calma vivir quiera
nunca debe salirse de su esfera.

Carlos Albarrán (El Buñolero).

—

Si te chincha el calor en el estío
y estás apuradillo de dinero,
resígnate y espera que haga frío,
que yo también espero.

Mangue.

—

La familia. El hogar santo y bendito.
El abrazo amoroso. El dulce beso.
Todo eso es muy bonito,
¡pero qué bien se está sin nada de eso!

Un viudo.

—

¿Pecadora y después arrepentida?
¡No lo he visto en mi vida!

Una señora bufa.

MADRILEÑERÍAS

—Vaya, *tiés* que convencerte
de que no bailas un pito,
y eso que presumes tanto.
—Claro, porque no te arrimo
la cara, como esas otras
señoras... de regadío.
¿No es *verdá*, Ginés?
—No es eso.
Es que ni *pa* Dios consigo
que marques el molinete
cuando te bailas conmigo.
Ahí *tiés* á Inés *la del grano*
y á Benita *la del chirlo*,
que cuando agarran á un hombre
le hacen perder el sentido;
pero no es más que por eso,
porque se traen el estilo

que hace falta *pa* que queden
los hombres agradecidos.
—¿Tienes más que irte con ellas?
—Claro que me iré.
—Pues chico,
así como así, me carga
tener que bailar contigo,
sobre todo en el verano,
porque eres un poco tímido
para el aseo, y me llenas
de grasaza los vestidos.
—¿Los de gro?
—No son de gro,
pero *pa* el caso es lo mismo.
Vamos, y si *tan siquiera*
te *lavases* los domingos,
menos mal; pero es que tú
no te humedeces el físico
más que cuando llueve.
—Oye;
mucho *cuidao* con el pico.
—Y es la *verdá*.
—Bueno, calla
y escucha lo que te digo:
hoy es la función del barrio.
—Lo sé.
—Y con este motivo
habrá procesión, y fuegos,
y cohetes, y novillos,
ecétera, y por lo tanto,
vendrá la mar de gentío

como de costumbre...
—¡Bueno!
—Lo cual te lo participo
porque tú eres muy amiga
de timarte con *too* Cristo,
y yo tengo malas pulgas
cuando me toman de pito.
—Dale muchas expresiones.
—Es que si *tiés* un descuido,
verbo en gracia, con cualquiera,
te hago pupa en los hocicos.
—¡Qué horror!
—Eso. Y ahora vamos
á montar en el Tío Vivo,
á fin de que se nos bajen
los caracoles y el vino.
—Yo no monto.
—¡Me hace gracia!
¿Que no montas? Ahora mismo.
¡Pues no tienes tú ganillas
de columpiarte conmigo!...

UN HOMBRE CORRIDO

—Chico, me extraña que tengas
humor *pa dir* á los bailes
entodavía.
—¡Qué quieres!
Hay aficiones que nacen
con tanta fuerza, que duran
hasta que te ves cadáver
y *agusanao*.
—Sin embargo,
ya debías retirarte
de una vez.
—No soy tan viejo,
gracias á Dios, *pa* privarme
de ciertos goces.
—No lo eres;
pero es que tú *principiastes*

á correr antes de tiempo
y estás muy *cascao*.
– No le hace.
—Y ya *tiés* que andar buscando
martingalas *pa* peinarte
de forma que no te vean
el brillo del cuero, Práxedes,
y padeces del estómago
y estás lleno de alifafes
y no vales dos pesetas
á pesar de tus alardes,
que *aquellos polvos traen estos lodos* (la *verdaz* más grande
que se ha vertido en el mundo
desde que existen refranes).
—Algo hay de razón en eso
que dices, porque no en balde
llevo treinta y pico de años
disfrutando más que un chantre
de *too*; pero si resulta
que he perdido en facultades
físicas, y en circunstancias,
y en humor, una gran parte
desde que éramos los reyes
del *Salón de Capellanes*,
y se rifaban las hembras
nuestras gracias personales,
he *ganao* en otras cosas
pa mí más indispensables
por hoy: en golpe de vista,
y en oratoria y en arte

pa chalar á las mujeres
y llevármelas de calle.
¿Comprendes? Quiero decirte
con esto que, sin malgaste
de la *saluz*, hoy disfruto
pa el caso lo mismo casi,
porque nunca yerro el golpe.
De manera que lo que antes
lograba con aquel físico
que hizo que me titulasen
el Querubín de la Cuesta
de los Caños, como sabes,
en la *aztualidad* lo *azquiero*
con dos onzas de jarabe
de pico. Por consiguiente,
lo que es la mujer que baile
conmigo *na* más que un *chotis*
y me permita que la hable
tan siquiera diez minutos
por lo bajo... ¡que me maten
si no queda interiormente
más *estropeá* que el *Maine!*
Porque ya habrás comprendido
que *ca* palabra que sale
de mi boca es un torpedo,
según los destrozos que hace.
En fin, chico, la otra noche
me soltaron esta frase:
¡Eres un hombre que tiras
de espaldas! con que me *paece*
que esto corrobora un poco

mi dicho.
—Quizás te engañen
las ilusiones.
—¡Ya empiezas
á molestar!
—No te enfades,
y cuéntame lo que *hicistes*
el martes.
—Pues bien, el martes
de Carnaval, como á cosa
de las dos, cogí el portante
y me largué á la Zarzuela
pian pian, después de atizarme
varios golpes de Monóvar,
como aconsejan los cánones,
porque *pa* ver bien los bultos
es menester alumbrarse.
—*¡Chipén!* ¿Y te *divertistes?*
—Esas preguntas se le hacen
al mocoso que concurre
por primera vez á un baile,
pero no al hombre que tiene
resentidos los ijares
de correr en este mundo
juergas de distintas clases.
—¡Perdona si te lastimo!
—¡Ya estás *perdonao*, Melquiades!
—¡Gracias!
—Pues me fuí vestido
de diablo, porque es un traje
sencillito y económico

y *desahogao*.

—Y elegante
si me apuras.

—Y de cierta
novedad en lo que cabe,
dao lo que vemos hoy día.
—Y hasta defensivo casi,
porque si te ven el rabo
digo yo que no es tan fácil
que te ofendan, como *diendo*
de istitutriz ó de fraile.
—Sobre *too* cuando se lleva
con el interior de alambre,
como yo.

—¡Valiente pájaro!
—¡La *práctica*!

—¡*Mia* que sabes!
—¡Regular! Con que penetro
justamente en el *istante*
de empezar una mazurka
de esas que encienden la sangre,
y *mia* tú si tengo suerte,
que no hago más que asomarme
cuando ¡pum! *me se* presenta
Concha, la de los lunares,
que entraba en aquel momento
con su *respetiva* madre.
¿No la conoces?

—No caigo.
—¿No? ¡Pues estás en pañales!

—¿Por qué?
—¿Tú has visto la cara
que le pintan al arcángel
San *Grabiel*?
—Aún no he tenido
proporción.
—Entonces, bástete
con saber que ésa es la cara
de un mozo del *Fiel Contraste*
al *lao* de la de la Concha.
Ya es algo *pureta*, ¿sabes?
porque va *pa* los veintiocho
lo menos, pero ¡qué carnes!...
¡Y qué bien distribuídas
al parecer! ¡Y qué andares!
¡Y qué dientes más bonitos!
¡Y qué labios más charranes!
¿Y las cosas que te dice
solamente con clavarte
los ojos, que cuando miran
destilan azúcar cande?
¿Y aquella hechura de cuerpo?
¿Y los movimientos que hace
cuando baila con personas
de su agrado?
- ¡Vamos, cállate,
que le soliviantas á uno
la *materia*!
—¡Sí que es fácil!
Bueno, pues fuí donde estaba,
y estirando así los *dátiles*,

y arreglándome los cuernos
y poniéndome muy grave,
la dije, sin más pamplinas:
—*¿Hacemos eso, comadre?*
—*¿Cuálo?*
—*Bailar unas miajas.*
—*¡Por qué no!*
—*Lo que usté mande.*
Conque la mujer se vino
pa mí; la cogí del talle
con la finura del mundo,
pero con estilo y arte;
se recostó la cabeza
en mi pecho, no sin que antes
no me pidiera permiso
con los ojos, y al *istante*
principiemos á dar vueltas...
y allí verías tú clase
superior y filigranas,
y *calaos* y habilidades,
y decir los concurrentes:
¡Vaya calóricol y *¡Ande*
la elasticidaz! y *¡Vivan*
las caderas dislocantes!
y otras muchas expresiones
que no deben mencionarse...
....
Total: que llega el descanso,
subimos al *restaurante*,
me confiesa que está débil,
yo la digo: *¡No reparesl*

Se resiste, me incomodo,
y al fin, *pa* no desairarme
la pobre muchacha, cena
valor de veintitrés reales.
Viene el camarero, cobra,
se oye el principio del *valse*,
y cuando ya nos bajábamos
más locos que dos pardales,
va y se aparece *el Esteta*
de improviso, y acercándose
sin darnos las buenas noches,
porque hay sujetos muy cafres,
la dice con malos modos:
—*¡Arza pa casa, que es tarde!*
—¿Y se la llevó?
—¡Pues claro!
—¿Y tú qué *hicistes?*
—Callarme.
—Muy mal hecho.
—¡Pero, primo,
no ves que están *pa* casarse!
—¿Y por qué le han puesto *Esteta?*
—¡Porque es tonto de remate!
.....
—Pues sí que te *divertistes*
un porción.
—¡Ya ves! Hay *panflis*
que se están toda la noche
dando vueltas por el baile
sin tropezar con ninguna
mujer que valga dos reales,

y yo en seguida que piso
la alfombra, pues ya se sabe,
¡la nata!
—Porque tú llegas
y las dices cuatro frases
de *doztor*, y las fascinas.
¡Hay seres *escecionales*!
—¡Es que uno es hombre de *práztica*!
—¡Y además que tú *tiés ángel*!
—¡Y sobre *too* mucha suerte!
—¡Y gusto *pa* los disfraces!
—También.
—¿Qué? ¡*Too* contribuye!
¡No vayas á figurarte!

Vía-Crucis.

—¿El director?...
—Servidor.
—Yo soy Valentín Aguado,
el joven recomendado
de Ruiz el apuntador.
—¡Ah, vamos!...
—Y la verdad,
he venido porque quiero...
—Póngase usted el sombrero.
—Gracias; es comodidad.
Pues sí, señor, he venido
de seguro á molestarle,
porque voy á presentarle
un drama que he concluído,
para ver si usté le estrena
cuando tenga ocasión. Esto
claro está que en el supuesto

de que merezca la pena.
—Dificilillo será,
porque tenemos bastante
trabajo, pero, no obstante,
si el drama es bueno se hará.
¿Cuántos actos tiene?
—Dos
con prólogo, y se titula
Los dolores de una chula
ó buenos te los dé Dios.
—Corriente. ¿Y hay mucha gente?
—No, señor; hacen el drama
dos galanes, una dama
y el barba.
—Perfectamente.
Vaya, déjemelo usté
y hacia el veinte ó cosa así
se pasa usté por aquí.
—Muchas gracias.
—No hay de qué.

***

—¡Hola, don Lino!
—Adelante.
—¿Ha visto usté aquello?
—Sí.
—Bueno, ¿y qué?
—Pues hombre, á mí

me ha *resultado* bastante.
Tiene un asunto perverso,
pero la prosa es preciosa.
—Dispense usté, no está en prosa.
—Bien, quiero decir el verso.
—¡Ah, vamos!
—Pero la dama
me dice que hasta la fecha
no se halla muy satisfecha
con el reparto del drama,
porque la obligan á ser
con el papel que le dan
madre del primer galán.
—¿Y eso qué tiene que ver?
—Tiene mucho, porque, amigo,
aunque se empeña su padre,
ella no quiere ser madre
con nadie más que conmigo.
De modo que no hay tu tía,
lo tiene usté que arreglar
llevándose el ejemplar
y haciéndola madre mía.
Esto casi es arbitrario,
pero, joven, sepa usté
que la dama es... no sé qué
de un hijo del empresario,
y si ella no se conforma,
para que el drama se estrene
sin obstáculos, conviene
hacer pronto la reforma.
De esta manera quizá

podremos darle salida.
—¿Pero en seguida?
—En seguida.
—Bueno, pues se arreglará.

***

—Diga usté, ¿se puede ver
al señor García ó no?
—En casa está, pero yo
creo que no podrá ser,
porque se ha quedado en cama
con un fuerte constipado
y...
—Bien, dígale que ha estado
el caballero del drama.

***

—¿El señor?...
—Hace un momento
que ha salido.
—¡Me ha partido!

***

—¿El...
—También hoy ha salido.
—¡Caramba, cuánto lo siento!

***

—Acaba de irse al teatro.
—Corriente, pues volveré.

***

—Ha dicho que venga usté
mañana de tres á cuatro.

***

—Le han convidado á almorzar
y ha tenido que salir.

***

—Ya no tardará en venir;
si le quiere ustá aguardar...
—No puedo, porque me espera
cierto negocio, señora,
pero antes de un cuarto de hora
volveré.
—Como usté quiera.

***

.....
.....
—Sí, señor; ya que he tenido
la fortuna de encontrarle,
debo de manifestarle
claramente que he venido

á que me diga usté, por-
que tengo interés en ello,
si piensa estrenar *aquello*.
—¿Cuál?
—Mi drama.
—No, señor.
—¡Hombre!
—Pudiera estrenarse,
pero no quiero.
—¿Por qué?
—Porque, como sabe usté,
ya está para terminarse
la campaña teatral,
y comprendo que no tiene
cuenta que el drama se estrene
en la temporada actual.
—¡Caramba! Y yo que creía
que se haría...
—¡Qué locura!
Dígame usté, criatura,
¿no es una majadería
que por ser usté impaciente
hagamos un mal papel
y esté el drama en el cartel
dos noches escasamente,
teniendo más condiciones
que algunos otros muy buenos
para resistir lo menos
treinta representaciones?
—Sí, pero yo...
—Nada, nada,

suceda lo que suceda,
la *cosa* de usté se queda
para la otra temporada;
y puesto que ha de sobrar
mucho tiempo, convendría
bastante que cualquier día
cogiera usté el ejemplar,
y después de quitar la última
frase que contiene el prólogo,
cortara usté mi monólogo
de la escena antepenúltima.
—Bien, pero por caridad
no me tenga usté en olvido;
¡mire usté que se lo pido
con mucha necesidad!
—Márchese usté descuidado,
que no haré tal villanía.
—Pues adiós, señor García.
—Vaya usted con Dios, Aguado.

***

Portero, haga usté el favor
de entregar esto á don Lino.
—¿Qué don Lino?
—El inquilino
del principal interior;
y aunque no muy necesario,
dígale que volveré.
—Pues no se moleste usté,
porque se ha muerto.
—¡¡Canario!!

EL TESTAMENTO

(CUENTO ANTIGUO)

Por culpa de no se sabe
qué enfermedad interior,
encontrábase muy grave
Juan Pachín, el aguador,
y viéndolo necesario,
sin pérdida de momento
mandó á buscar un notario
para otorgar testamento.
Era una majadería
tal pretensión, pero, en fin,
cumplióse lo que pedía
el cuitado *Juan Pachín;*
y cuando vió al funcionario
público á su cabecera,
mentalmente hizo inventario
y le habló de esta manera:

—Dejo á mi cuñado Andrés,
el marido de Asunción,
la casa número tres
de la plaza del Cordón.
Al chico, que es actualmente
vigilante de Pontejos,
otra casa muy decente
del Pretil de los Consejos,
y á mi compadre Pascual,
por más que no es del oficio,
una junto al *Hespital*
y dos más frente al *Hespicio*.—
Hizo el buen notario en esto
un gesto de admiración,
y *Pachín*, sin ver el gesto,
prosiguió su narración:
—Dejo á mi hermano Manuel,
por mal nombre el *Desahogao*,
cuatro casas y un hotel
en la puerta de Bilbao.
Á mi abuelo, dos casuchas
en la calle de Alcalá,
por más que ya tiene muchas,
y no sé si las *quedrá*.
Y á Benito el *Maragato*,
como premio á sus favores,
dos en la calle del Gato
y una en la de Embajadores.—
Aquí *Juan Pachín*, por causa
del cansancio que sentía,
tuvo que hacer una pausa,

y el notario, aunque sabía
que cometía un desmán,
exclamó fuera de sí:
—¡Por favor, señor don Juan,
déjeme usté alguna á mí!—
Mas fué su ruego perdido,
porque aunque *Pachín* le oyó,
hízose el desentendido
y en seguida continuó:
—También dejo el *usufruto*
de la casa de ahí enfrente
á mi *cuñao,* que es muy bruto,
mejorando lo presente;
y á mi sobrino el menor,
ó si se quiere el más mozo,
el de otra muy superior
que hay en la calle del Pozo;
pero como no está ducho
en ciertas cosas dañinas,
ponga usté que tenga mucho
cuidao con las inquilinas.
Dejo al que es hoy mi ayudante,
por su buen comportamiento,
otra casa colindante
con el café de Fomento;
y.....—
El notario en este punto
renovó su petición,
y *Pachín*, casi difunto,
con santa resignación,
dijo:—Bien. No *haiga* rencillas.

Le voy á dejar á usté
dos casas en las Vistillas.
—¡Muchas gracias!
—No hay de qué.
Pero he de hacerle *oservar*...
—¿Qué?
—Nada, una tontería.
Que tiene usté que llevar
siete cubas cada día.

EN EL CORREDOR

(DE MADRUGADA)

—Buenos días, *señá* Pepa.
—Buenos días, *señá* Paca.
—¿Sabe usté qué hora será?
—Pues serán las cinco.
—Gracias.
Bien madrugamos.
—¡Ay, hija!
¿y qué quiere usté que se haga?
Jaboné ayer esta ropa,
y por *mor* de la colada
en cuanto dieron las cuatro
me levanté de la cama
muerta de sueño. No hará
lo que yo la suripanta
del piso segundo.
—Claro.

¡Como está recién casada!...
—¡Calle usté, por Dios, señora!
¡Qué ha de estar!
—¿Que no?
—¡De ganas!
—¿Qué dice usté, *señá* Pepa?
—Lo que oye usté, *señá* Paca.
Yo tengo mucho de aquí (1)
y no soy tan *inoranta*
como son *ustés*, ni tengo
las tragaderas tan anchas.
¡Casada la del segundo!
¿Sabe usté que me hace gracia?
—Eso dicen.
—Sí, señora.
También dicen que lo estaba
la peinadora del bajo
con el músico de marras,
y sin embargo, vivía...
como viven otras tantas.
Aquí para entre nosotras,
sepa usté que en esta casa
la que más y la que menos
no tiene pizca de *lacha*.
—Es *verdá*.
—Diga usté que una
es decente y no levanta

(1) *Mucho pesqui* es lo que quiere—decir la señora Paca.

Advertencia del autor—á las gentes mal ¡ ensadas.

calunias, como esa cursi
del otro pasillo.
—¿Cuála?
¿La mujer del *comendante*?
—Pues claro.
—¡Valiente guarra!
—Sí, señora. Más valía
que en lugar de estar de plática
todo el día con el sastre
del tercero, se cuidara
de lavar á sus chiquillos,
que van hechos una lástima.
—Ya lo creo; pero como
su marido es un bragazas
que nunca tiene *carácter*
para coger una estaca
y darla un pie de paliza
que le rompa un día el alma,
ya se ve, la mujer hace
lo que le da la *rial* gana.
—Podía dar con el mío,
que en cuanto que una le falta
ya la está poniendo á una
que no hay por dónde agarrarla.
—*Ú* con el de la del patio.
—Esa es otra que tal baila;
pero ande usté, que á esa tal
bien le zurran la pavana
—No será por nada bueno.
—Como que es una borracha,
que en cuanto Dios amanece

ya está metida en la *tasca*.
Por eso huele á vinazo
y está siempre *delicada*...
—¡Hija, pues bonito ejemplo
le está dando á su muchacha!
—Tampoco le *nesecita*.
—¿Por qué?
—Porque es una alhaja...
—¿También?...
—¡Anda, ya lo creo!
Si dicen...
—¿Qué?
—¡Casi nada!
Dicen que...
—¡Jesús María!
Parece mentira que *haiga*
tanto vicio.
—*Prosupuesto*,
señá Pepa, que no salga
esto de usté.
—No hay *cuidao*
de que diga una palabra.
—Bien; pues voy á la *prazuela*
y á ver si echo de la cama
á *Celipe*, que á las ocho
se tiene que ir á la *frábica*.
En cuanto me desocupe
charlaremos una miaja,
y la diré á usté una cosa
que le ha *pasao* á la *Hilaria*
con su señor. Es un lance

que tiene *muchísima* gracia.
No se lo cuento á usté ahora
porque ya está en la ventana
la chismosa de ahí enfrente,
y como tiene tan larga
la lengua...
—Sí, lo comprendo
perfetamente.
—Pues vaya,
hasta luego, *señá* Pepa.
—Hasta luego, *señá* Paca.

DESENGAÑO

Señora doña Tecla de mis pecados:
observo con disgusto bastantes días
que está usté en la ventana continuamente
haciéndome carocas y tonterías;
y como no es juicioso, ni mucho menos,
que una señora viuda, fea y anciana,
parodie á las chiquillas de quince abriles,
hasta en ese detalle de la ventana,
y como además de esto me cargan mucho
esas impertinentes demostraciones,
por si pueden servirla de algún provecho
allá van unas cuantas observaciones.
Hace el martes un año y algunos días
que estoy comprometido completamente,
y si no lo estuviera, pongo por caso,
ya tendría mi *arrimo* correspondiente.
Quiero decir con esto que, aunque pudiera,
no haría caso de esas insinuaciones,

y que le probaría mi indiferencia
como la probé en otras cien ocasiones.
Puede usté, por lo tanto, si le parece,
dar fin á esa tarea de fastidiarme,
y tirar los menjurges y porquerías
con que piensa, sin duda, catequizarme.
Porque ¿á qué fin conduce que usté se esfuerce
en tratar de que crean propios y extraños
que aunque ya es usté viuda de tres maridos
parece una muchacha de pocos años,
si á pesar de los tintes y las pelucas
y los dientes postizos y el colorete
á nadie se le escapa, señora mía,
que tiene usté lo menos cincuenta y siete?
Relegue usté al olvido, sin titubeo,
las dulzuras de aquellos tiempos pasados,
y deje usté á los hombres tranquilamente,
señora doña Tecla de mis pecados,
porque no está bien visto que una señora
cargada de alifafes y obligaciones
parodie á las chicuelas vanidosillas
y tenga cierto género de pretensiones...

DE TIENDAS

—Buenos días, Secundino.
—Muy buenos, doña Melecia.
¿Y el esposo?
—Muy bien, gracias.
—¿Y las niñas?
—Todas buenas.
Es decir, la Merceditas
está un poquitillo inquieta
con lo de siempre, pero, hijo,
no hay más que tener paciencia
y aguantarse. Por supuesto,
eso es natural en ella,
porque lo que es mi Mercedes
tiene una naturaleza
rarísima. En fin, Secundino,
yo quiero unas frioleras
para las pollas, de modo
que á ver si saca usté telas
bonitas.
—Pues ya lo creo.

De todo lo que usté quiera.
Precisamente ayer tarde
se recibió una remesa
de seis fardos y tres cajas
con novedades muy *nuevas*.
Ya verá usté. Por supuesto,
todo en clase de primera.
—¡Ay, qué felpa tan preciosa!
—Eso es lo que más se lleva.
Hoy me han comprado diez metros
las de Navalagamella.
—¿Y tiene usté más colores
en esta clase de felpa?
—Sí, señora, muchos. Hay:
lirio del valle, hoja seca,
verde musgo, azul eléctrico,
gris araña, churro, fresa,
marrón, heliotropo, rata,
rosa *fané, bleu,* magenta,
repollo desvanecido
y humo de Londres y crema.
—Pues déme unas muestrecitas
para que las niñas puedan
elegir. Á usté le habrá
chocado que yo no venga
por aquí tan á menudo
como antes.
—¡Vaya!
—¿De veras?
Me lo había figurado.
Es que hemos estado fuera

un mes.
—¿En el extranjero?
—¡Ay, no! En Colmenar de Oreja.
Fué capricho de mi esposo,
¡como tiene esas rarezas!
Á propósito: ¿hace mucho
que no ve usté á la de Cuevas?
—Mucho.
—El lunes me dijeron
que ha tenido erisipela,
de resultas de un sofoco
que le ha dado el de la tienda
de comestibles. Es claro;
como no paga las cuentas
á su tiempo, se comprende.
¡Ay! se ha quedado muy fea;
es decir, desmejorada,
porque guapa no lo era,
ni mucho menos. Ayer
me la encontré en la novena
de la Virgen de la Leche
y del Buen Parto, con Sierra,
su *agregado*, que, *inter nos*,
es un pez de siete suelas,
según dicen. Ya ve usté,
y entretanto, el pobre Cuevas
estaría en la oficina
trabajando como un bestia,
de fijo.
—Quizás.
—Pues claro.

¡No ve usté que no sospecha!
También estaba su madre,
por cierto muy peripuesta,
con manteleta de nutria
forrada de raso perla.
¡Sabe Dios de dónde habrá
salido la manteleta!
porque ellos están *asperges;*
eso se nota á la legua.
Por supuesto, le sentaba
como á un santo una escopeta
de dos cañones. Bien dicen
que aunque se vista de seda
la mona..... ¡Jesús, qué tipo!
¡Ay, hijo! Si yo tuviera,
por mi desgracia, una madre
como la de la de Cuevas,
me estaba en casa cien años
antes que salir con ella.
Palabra de honor.

—Lo creo.

—¡Ah! que sea enhorabuena.
Ya sé que habla usté con una
muchacha pantalonera,
muy chulapona, por cierto.
Me lo ha dicho mi doncella,
que le vió á usté el otro día
por la calle de las Huertas
muy acarameladito.
Se casará usté con ella,

¿eh?

—¡Dios me libre!

—¡Pero hombre!

¡Mire usté el mosquita muerta!
¡Si ustedes los del comercio
son todos más calaveras!...
Se parece usté á mi niño,
que también las gasta de esas,
ó las gastaba, porque ahora,
como se ha hecho de la prensa,
no le queda tiempo al pobre
para amoríos.

—¿De veras?

—¿Pero usté no lo sabía?
Pues si ha escrito una zarzuela
muy chistosa, para Eslava,
con música de un albéitar
amigo suyo, muy listo.
Lo que tiene es que la empresa
se la ha rechazado. ¡Envidias!
Por supuesto, él bien se venga,
porque se ha metido á crítico,
y ahora ¡arrima cada felpa
á los que hacen ese género
de trajes, luces y piernas!...
De ese género es la suya.
¡Oh, pero está muy bien hecha!
¿Qué hora tiene usté?

—Las cinco.

—¡Jesús! ¡Y me estoy tan fresca!
Córteme usté tres dozavos,

bien medidos, de bayeta,
y mándemelos á casa;
por supuesto, sin la cuenta.
—Corriente.
—Adiós, Secundino.
—Adiós... bruja. ¡Así te mueras!

MENUDENCIAS

No me digas ternezas,
niña serrana,
que no cobro hasta el treinta
por la mañana.

—

—¡Guardias! ¡Auxilio! ¡Favor!
—¿Qué ocurre?
—¡Que quiere entrar
en mi casa un editor!

—

Siempre que cojas la pluma,
literato singular,
quítate los calcetines,
que se te pueden manchar.

—

¿Un tendero con guantes
de tres botones?
¡Buenas tendrá las manos
de sabañones!

—

El hombre más sufrido es el *simón*.
¿No es cierto, Encarnación?

—

Al verla muerta lloré
sin poderlo remediar,
y me dijo mi conciencia:
¿Por qué lloras, animal?

—

Anda diciendo Luisa,
la chalequera,
que le ha hecho un feo el hijo
de mi portera.
Pero yo creo
que, si no es muy bonito,
tampoco es feo.

—

Explicando geografía
el preceptor Malasaña,
preguntó á cierto discípulo:
—Niño, ¿dónde está la Mancha?
Y éste, que era un bruto en toda
la extensión de la palabra,
dijo:—¡Aquí! ¡Mírela usté!
Y le enseñó una solapa.

TRATO SIN CONSUMACIÓN

—¿Don Lino Pérez y López?
—Servidor.
—Muy señor mío.
No quisiera equivocarme,
pero creo haber oído
que usté es dueño de la casa
número cuarenta y cinco
de la calle del Carnero.
—Sí, señora.
—Pues he visto
papeles en los balcones
de uno de los cuartos quintos,
y como tengo el propósito
de cambiar de domicilio,
y el cuarto, aunque es chiquitín,
no me disgusta, he venido
tan sólo con el objeto
de saber su precio mínimo,
para quedarme con él

en caso de convenirnos.
De modo que usté dirá,
sin ser tirano conmigo,
en cuánto podrá dejarme
el citado cuarto quinto.
—En doce duros lo menos.
—¡Jesús!
—¿Es caro?
—¡Carísimo!
Pues si unas amigas mías,
las chicas de Verduguillo,
tienen un cuarto precioso
con dos balcones magníficos
en la calle de la Bola,
junto á la de Leganitos,
y no pagan nada más
que siete duros y pico.
—Sí, pero el sitio...
—¡Por Dios,
no me hable usté mal del sitio!
El sitio es una monada
y el cuarto aquel bonitísimo,
con su fuente en la cocina
¡y unas luces! ¡y unos pisos!
Si ellas no fueran tan sucias
y lo tuvieran más limpio,
crea usté, señor de Pérez,
que parecería un nido;
pero ¡claro! como son
dos muchachas sin principios,
hijas de un ordinariote

que trabaja en embutidos,
no saben lo que es decencia
ni tienen pizca de juicio.
Por eso no me han causado
sorpresa cuando me han dicho
que se casa la mayor
con un corredor de trigos,
cuando todo el mundo sabe
que ha dado cien mil motivos
para que se la critique
con mucha razón, lo mismo
que su hermana la pequeña;
ésa tiene mejor físico,
y no es tan desgarbadota
ni tan cursi, pero, amigo,
en lo tocante á... ¡ya, ya!...
Yo no debía decirlo,
pero como soy mujer
de mi casa, no transijo
con ciertas cosas. En esto
me parezco á mi Sulpicio,
que esté en la gloria.
—¿Usté es viuda?
—Sí, señor. Él era síndico
del gremio de mondongueros,
y además trataba en cisco
de retama; pero un día
compró por tres perros chicos
uno de esos almanaques
que tienen versos de Grilo,
y al acabar su lectura

se me quedó el pobrecito
como un pájaro.
—¿De modo
que con tan triste motivo,
estará usté sola?
—No.
Ahora vivo con un primo,
y además tengo de *huéspede*
á un valenciano muy rico,
sobrino del cura párroco
de Villar del Arzobispo;
está estudiando derecho,
pero es un poco encogido
y me temo que á la postre
va á tener que ahorcar los libros.
¡En cambio, si viera usté
cómo toca el bombardino!...
Por supuesto, de afición;
¡ay, sí, señor! ya de niño,
según dicen sus parientes,
estando en Ciudad Rodrigo
compuso dos *purpurrises*
y un *área* con mucho estilo.
Allá, en casa, le hacen burla,
pero como él es tan lírico
está todo el santo día
soplando con tal ahinco,
que *me se* han quejado ya
casi todos los vecinos.
Yo le digo algunas veces:
¡Pero, por Dios, don Quirico,

no abuse usté de sus fuerzas,
que se va usté á quedar tísico!
Y él, nada, dale que dale
sin cejar en su capricho,
y va á tisis, de seguro,
¡vaya! cuando yo lo digo...
Conque á ver, señor de Pérez,
si hace usted un sacrificio
y baja un poco ese cuarto,
que está bastante subido.
—Yo lo siento, pero...
—Ah, vamos
¿que no puede ser? Pues, hijo,
usté debe comprender
que sería un desatino
dar ese dinero, cuando
por siete duros y pico
tienen un cuarto precioso
las chicas de Verduguillo,
con su fuente y... Sin embargo,
yo se lo diré á mi primo
y si á él le parece bien,
lo cual es dificilísimo,
nos pasaremos los dos
por aquí mañana mismo
y extenderemos el...
—¡Bueno!
—Y después...
—Sí, comprendido.
Vaya usté con Dios, señora.
—Quede usté con Dios, don Lino.

GAJES DEL OFICIO

—Tú subes al *prencipal*,
y cuando ya estés arriba
preguntas por don Sotero
Rodríguez y Rascafría,
que es el amo, ¿me comprendes?
—Sí.
—Bueno. Saldrá una chica
regordeta, la criada,
que tiene así, una vejiga
sobre tal parte. Lo *azvierto*
pa que luego no me digas
que has *ensuciao* el negocio
porque no te han *dao* noticias.
—Corriente.
—Si la muchacha
te hablase por la rejilla
de la puerta, dí que vas
de parte de doña Isidra
con una carta *pa* el amo,

y te abrirán en seguida;
porque, *pa* que tú te enteres
del asunto, esta individua
está *enredá* con el otro,
según ha sabido el *Brisca*,
y es casi el ama. ¿Comprendes?
—Sí, pero...
—Deja que siga.
En cuanto te abran, sujetas
á la fregona. Si grita,
la afianzas el gañote,
y si te apura, la pinchas
ú la enseñas la *herramienta*
pa ver si se atemoriza...
—Pero ¿estará sola?
— ¡Claro!
Pues si no, ¿cómo querías
que yo te lo aconsejase?
Hombre, me choca que digas
esas *patochadas*.
—Es
por un por si acaso.
—Mira,
Chupalipis: don Sotero
va al café de Platerías
de ocho á diez todas las noches
y deja sola á la chica;
de modo que no hay motivo
pa que tengas esa *jinda*,
y además, mientras tú subes,
Manolo andará de espía

por la calle, con *ojecto*
de estar á la *espetativa*,
y *Corujo* va al café
de *mirón*, pa que no digas.
—¿Y la portera?
—¿Quién, ésa?
Ésa estará más dormida
que Dios, porque la hemos *dao*
tres duros el otro día.
—Entonces no hay más que hablar,
Zurito.
—Pues mucha vista
y ojo con meter la pata.
—¡Me parece!
—Convendría
que te llevases azúcar,
ú otra cosa parecida,
porque hay un perro de lanas
que cuando oye ruido, chilla.
—Corriente. ¿Qué más?
—Que espero
en casa de la Rufina
pa saber el *resultao*.
—Pues allí voy en seguida.
—Bueno.....
.....
.....¿Y qué?
—Pues *na;* subí,
tiré de la campanilla,
pregunté por don Sotero
y viendo que no me abrían,

dije aquello de la carta.
—Y te abrieron.
—En seguida.
—¿Lo ves? ¡Claro!
—Luego fuí
á echarle mano á la chica,
como tú me *aconsejastes*,
y cuando ya la tenía
casi *agarrá*, me soltaron
tres *patás* en la barriga,
pero de órdago.
—¡Ay, su madre!
—Toma, como que sabían
que íbamos á dar el golpe
mientras el otro salía.
—¿De modo que no traes *ná*
tan siquiera?
—Sí, traían.
¡Conque me han *quitao* allí
tóo lo que llevaba encima!
—¿Cuánto?
—Unas nueve pesetas
y dos *ú* tres perras chicas.
—¡Qué bruto eres!
—¡Gracias!
—¡Lástima
que no te han roto la crisma!
¡La culpa la tengo yo
por darte la alternativa!

EL QUE HACE UN CESTO...

I

Con mil duros en billetes
vino á la corte Manuel
para zanjar un asunto
de muchísimo interés,
y dicen que á las dos horas
un prójimo de *chaquet*
le brindó con su amistad
y ofrecióse muy cortés
á cambiarle los billetes
por oro de toda ley,
con lo cual, según le dijo,
podría sacar muy bien
un beneficio seguro
de dos y medio por diez.
Seducido por la oferta
Manolo cayó en la red

y entregó á su compañero
los mil duros en papel,
tomando cándidamente,
según pudo luego ver,
dos cartuchos con monedas
de riquísimo *doublé.*

. . . . . .

Cuando regresó á su pueblo
dando tormento á los pies
y entre suspiros y lágrimas
refirió el caso Manuel,
cuentan que su pobre padre,
con la mayor sencillez,
le arrimó dos estacazos
de superior *calité;*
y el pobre chico decía,
llorando á más no poder:
—¡No volverán á engañarme!
¡Yo se lo aseguro á usté!

II

Era una chica preciosa
la sobrinita del juez,
y aunque cuatro maldicientes
nombraban á un tal Gabriel,
á quien ella en otro tiempo

concedió alguna merced,
lo cierto es que en Villatuerta
cuando se hablaba de Inés
casi todos elogiaban
su acrisolada honradez.
Por esta causa, sin duda,
Manolo en un dos por tres
declaróse sin rodeos
á la sobrina del juez,
despreciando las hablillas
de aquellos que, según él,
buscaban en la calumnia
venganza de algún desdén,
y aunque, por desengañarle,
con la mayor buena fe
su pobre padre hizo todo
lo que un padre puede hacer,
incluso darle dos palos
como los de la otra vez,
tomó tales proporciones
el cariño del doncel
y tan diestramente supo
catequizarle su Inés,
que ambos amantes quedaron
hechos marido y mujer,
como manda Dios, un martes
del año setenta y seis.
....
No se sabe con certeza
si tendría el buen Manuel
algún disgustillo grave

que no esperaba tener,
pero cuando al otro día
le daban el parabién,
contestaba tristemente:
—¡Muchas gracias; no hay por qué!

SEÑORAS BUFAS

—¿Qué es esto? ¡Maldita sea!
Oiga usté, so mamarracho,
como vuelva usté á tirar
cosas húmedas al patio,
la desfiguro esa cara
de mona que Dios la ha *dao*.
—¡Jesús, qué miedo!
—¡Pues hombre,
ni aunque una fuese un guiñapo
pa que estén sin más ni más
ensuciándola á *ca* paso!
—¡Ay, hija mía! ¿Y por qué
no se alquila usté un palacio
pa que nadie la incomode?
—Porque no puedo alquilarlo.
Eso se queda *pa usía*,
que *trata* con millonarios
á ciertas horas.
—Señal

de que puedo, cuando trato.
¿Es *caridas ú* es envidia?
—¡*Mia* que envidia!
—Se dan casos.
—¡Quizás!
—Como que es usté
más fea que hecha de encargo,
y no se la arrima un hombre
regular hace mil años.
—¡Adiós, hurí!
—No seré
ningún sol, pongo por caso,
pero voy á todas partes.
—Sí, señora, en eso estamos;
en que va usté á todas... Justo,
y *tan y mientras* el ganso
de su marido de usté
se hace el remolón; es claro,
como le llenan la *andorga*,
ya se ve...
—Y el de usté, en cambio,
trabaja como un pollino
pa que otro se dé buen trato.
—¿Sí? ¿Quién es?
—El chupatintas
que vive en el treinta y cuatro.
—¡Puede!
—Por lo menos, eso
dice la gente del barrio,
y si la gente lo dice,
debe decirlo por algo.

—Calle usté, *grandísima*...
—¡*Joven*!
No hay que faltar, porque bajo
y la arrimo á usté dos *tortas*
en menos que canta un gallo,
por más de que luego tenga
que jabonarme las manos.
—¡Á que no!
—¿Quiere usté verlo?
—Sí, señora, pero...
—Vamos,
no *me se* antoja que digan
en jamás que doy escándalos;
pero *pa* que usté se entere
de que yo nunca me *acharo*,
ahí va ese *osequio*.
—¡Cochina!
¡¡Jesús, cómo ha puesto el patio!!...

ENTRE MAESTROS

—Estoy más *quemao* que el *gayo*.
—¿*Pus* qué te pasa, *Conejo*?
—*Na*, que ha *estao* esta mañana
en mi casa un *cabayero*
que me quiere contratar
pa lidiar en Matapuercos,
el día de la función,
diez *ú* doce *cornupetos*,
¡y tiene la poca *lacha*
de ofrecerme cuatro pesos
por *toos*!...
—¡Vamos, que te *cayes*!
¿Y *acetas*?
—Claro que *aceto*;
como que hay que *resinarse*.
—Y es la *verdá*.
—Lo que siento
es que tengo *en-peñaranda*
un capote de paseo

que le he *comprao* al *Medrano*
hace dos años y medio.
—¿De lujo?
—¡Que si es de lujo!
¡*Manífico*! ¡Ya lo creo!
Seis pesetas me costó,
ya ves tú si será bueno...
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
—Tienes razón, *Pitarroso*.
– Como que es el evangelio.
Te digo que el Mazzantini
es un *chancleta* de *ivierno*
que se pone muchos *moños*
y no tiene ningún mérito.
– Como *toos* los que presumen.
—Desengáñate, *Conejo*,
ya no hay toreros ni toros
más que tú y *menda*, que *semos*,
aunque esté feo el decirlo,
un par de *gacholis* de esos
que hacen sombra.
—¡Me parece!
Choca, que has *estao* bueno.
—*Mayormente* ¿sabes tú?
á mí me gusta el *Frascuelo*
porque *mata*.
—Y que lo digas.
—Pero no *ostante*, comprendo
que no es para tanto bombo

como le están dando.
—Eso.
Too porque se ciñe...
—¿Y qué?
No seas *gilí, Conejo;*
eso lo hace *cualisquiera.*
—*Pus* claro.
—Sin ir más lejos,
yo he *matao* en Cuzcurrita
cuatro toros *recibiendo...*
dos *cornás* salvo la parte;
pero ¿por qué? *Pus* por eso:
porque no doy paso atrás,
ni *tan siquiera* cuarteo,
ni me encorvo cuando paso
como algunos que *yo entiendo,*
que cobran quince mil *riales*
por cada corrida y luego
no se arriman á las reses
ni se tiran por derecho.
¡Chico, te digo que dan
ganas de *cortarse el pelo*
viendo á *toos* esos *maletas*
que se la dan de maestros
porque gastan buena ropa,
y se *cargan* el dinero,
tan y *mientras* que nosotros
por *lilas* y por modestos!...
Oye, coge esa *coliya*
de puro que está en el suelo
y *díñame* la *metaz...*

....
....
.....
Desengáñate, *Conejo*;
ya no hay toreros ni toros
más que tú y *menda* que *semos*...
—Sí, dos *gachós*.
—¡Me parece!
Choca, que has *estao* bueno.

APRECIACIONES

—Yo lo *vide*.
—¿Y cómo fué?
—Pues verás: Manolo estaba
cepillando unos listones
á la puerta de la fábrica,
cuando se acercó Gorgonio
y le dijo:—La Romualda
te está faltando al respeto
con *ese*, en tu misma casa;
conque si *tiés dinidaz*,
ya sabes lo que hace falta.
—¡Bueno se pondría!
—¡Digo!
¡Pues bonito genio gasta!
Él, que se ha *casao* con ella
enguillotao hasta el alma,
y que además de eso tiene
la sangre muy caldeada,
en seguida que Gorgonio

dijo la última palabra,
soltó una expresión de aquéllas
que dice cuando se enfada,
y echando mano á un escoplo,
porque no gasta navaja,
salió corriendo, y ya sabes
lo que hizo con la Romualda.
—¿Qué?
—Pues *na*, sencillamente
que la *sosprendió infraganta*,
y mientras tanto que el otro
granuja se las *guillaba*,
la *introdució* siete veces
el escoplo hasta las cachas.
—¡Qué animal!
—¿Sí?
—Pues es claro.
El hombre que tiene *lacha*
da parte á la *autoridaz*
y luego se *desaparta*,
como hace cualquier persona
de educación.
—¡Ay, qué gracia!
Y si por *casualidá*
tropieza con una guarra
que en lugar de arrepentirse
sigue metiendo la pata,
¿va á consentir que la gente
le ponga motes? ¡De ganas!
Pa el hombre que *tié* vergüenza
no hay educación que valga

cuando le tocan un punto
como el honor, verbo *en* gracia,
y si Manolo ha *llegao*
á matar á la Romualda
por *adulta*, que te *coste*
que ha hecho muy bien en matarla.
Na, cuando se encuentra un bicho
venenoso, se le aplasta
con el pie, y así se quita
del mundo una cosa mala.
Eso es lo que hacen los hombres
que tienen sangre y no horchata,
y *too* lo demás es música
y *canguelo* y poca *lacha*.
¡Vamos! Si á mí me *faltase*
cualquier día la Serapia
de una manera tan sucia...
—¿Qué la hacías?
—La mondaba
de arriba abajo, lo mismo
que se monda una patata.
¡Bonito soy yo!
—Pues oye,
¿sabes una cosa?
—*¿Cuála?*
—Que tú no debes decirla
las intenciones que gastas.
—¿Por qué?
—Porque si se entera
te va á esconder la navaja.

SERMON PERDIDO

¡Oh, jóvenes cerriles
que en vuestros tiernos años
holláis con las pezuñas
la senda del Parnaso!
¡Oh, niños que sin estro
soléis pasar el rato
cantando impunemente
los múltiples encantos
de Lesbias trasnochadas
y Nises de estropajo,
ya en *silvas* epidémicas,
ya en *ovillejos* zafios
ó en *sáficos adónicos*,
que son muy buenos *sáficos*,
romped de vuestras péñolas
los puntos insensatos
que al público transmiten
vuestro discurso bárbaro,

y no digáis palabra
del cefirillo blando,
ni de las auras leves,
ni del arroyo claro.
Dejad, niños idiotas,
que en el frondoso prado
alegremente trisquen
los corderillos cándidos.
Dejad á los zagales
que cuiden sus ganados
y toquen lo que quieran
junto al dormido lago.
Dejad que los jazmines,
las rosas y los nardos
perfumen el ambiente,
si no está perfumado,
y que los trinadores
y pintadillos pájaros
con sus gorjeos rítmicos
alegren el espacio.
Romped esas vihuelas,
¡oh, jóvenes menguados!
Rompedlas, ¡voto á Cribas!
¿ó es que pensáis acaso
que porque el vulgo necio,
merced á cierto adagio,
diga que de poeta
tenemos todos algo,
podéis ya, pluma en ristre,
entrar, sin menoscabo
del arte, en un terreno

que *sus* está vedado?
¿Pensáis que por tal cosa
puede cualquier gaznápiro
plagarnos los periódicos
de absurdos literarios?
. . . . . .
. . . . . .
¡Oh, jóvenes cerriles
que en vuestros tiernos años
holláis con las pezuñas
la senda del Parnaso!
No emborronéis cuartillas,
gastando el tiempo en vano,
y si tenéis *chirumen*,
trocad por los arados
las indecentes péñolas
que empuñan vuestras manos.

NUESTROS ARTISTAS

—Adiós, Manolo.
—Adiós, hombre.
—¿*Ande* vas?
—Á las Peñuelas,
á ver una chapucilla
que ha salido.
—¿Por tu cuenta?
—Sí, chico. Me han *avisao*
pa arreglar una atarjea,
y qué vas á hacer sino
tomar lo que se presenta
de provecho.
—Claro.
—Y tú,
¿trabajas?
—Sí, con las muelas.
¡Como no trabaje yo!
—Entonces, ¿cómo te arreglas?

—Me he *echao* á pedir limosna.
—¡Puede!
—¡Pues no, que se juega!
¿Te se ha *figurao* á ti
que voy á estar hecho un bestia,
cargando escombros y haciendo
ginasia por dos pesetas,
como otros primos? ¿*Pa* qué?
¿*Pa* que el contratista venga
de *bóbilis* y se coma
la *utilidá* que uno deja?
¡*Cualisquier* día! ¡Primero
me cortaba la cabeza!
Si le *indenizasen* á uno
cuando se rompe una pierna,
ú dos *ú* más, santo y bueno
que hiciese lo que pudiera;
pero si ves á *ca* paso
que no hay un Dios que proteja
ni tanto así, ¿vas á hacer
el *pipi*? ¡Lástima fuera!
Vamos: figúrate tú
que un día *te se* estropean
los remos como á Saturio,
pongo por caso, *ú* que *pescas*
una *humedaz* y no puedes
hacer lo que te parezca
de tu persona, lo cual
es muy fácil que suceda;
bueno: pues te mueres de hambre,
porque ni Cristo se acuerda

de ti *pa na.*
—Ya lo sé.
—Pues entonces, ¿en qué piensas
que no dejas el trabajo
de una vez? Mira, *Pucheta:*
yo alquilo un chico que tiene
descoyuntás las dos piernas
y saco en un par de días
más que tú en semana y media,
y fumo de cuarterón,
y le pago el cuarto á *aquélla,*
como es debido, y no tengo
que pasar por la vergüenza
de comer patatas viudas
delante de quien me vea.
¡Eso vale mucho!
—Bueno;
valdrá *too* lo que tú quieras,
pero á mí *me se* figura
que es una cosa muy fea
echarse á pedir limosna.
Ya verás cómo lo dejas
y trabajas.
—¡En seguida!
Mientras *haiga primaveras*
que den limosna, buen burro
sería yo si lo hiciera.
¿Se puede vivir así?
¡Pues á lo que estamos, tuerta!

LOS CONSPIRADORES

—Hola, ciudadano...
—¡Chist!...
Hable usté más bajo.
—Qué,
¿hay algo de *aquello*?
—¡Mucho!
¡¡Pero mucho!!
—¡A ver, á ver!
—¿Usté está armado?
—Ahora no.
Bueno, pues ármese usté,
porque el golpe se ha de dar
á mediados de este mes
y no conviene que pase
lo que pasó la otra vez.
—¡Caramba, y yo que he tenido
necesidad de vender
la carabina!
—¿Sí?
—Claro;

para sacar el *chaquet*
de invierno, que estaba ya
casi á punto de vencer.
—Bueno, Guarrete, no importa.
En la calle de Amaniel
tenemos cuarenta y tantos
fusiles, y diez y seis
cajones de municiones,
conque no se apure usté.
Lo que importa es tener ojo
cuando se inicie el belén.
—Pero ¿hay fecha ya?
—La fecha
la fijará *Ladevés*,
que viene con instrucciones
secretas de don Manuel.
—¡Hombre!
—Por lo menos, eso
dicen en el comité,
y si lo dicen, motivos
tendrán.
—Es de suponer.
Lo que hace falta es que no
se nos achique algún pez
de los gordos, y la ensucie.
—¡Ca, hombre, ca! Ríase usté
de cuentos; habiendo *guita*
todo Cristo cumple bien,
y en esta ocasión hay tela,
pero de largo.
—¿Sí, eh?

—¡La mar! Como que se dice
que el Gabinete francés
ha dado cuatro millones
de pesetas, para hacer
la revolución.
—Con tal
de que el ejército esté
de nuestra parte...
—Pues claro;
toma, sí, que don Manuel
se chupa el dedo. Ya están
compradas desde hace un mes
las guarniciones de Cádiz,
Barcelona, Santander,
Valencia, Madrid, Logroño,
Vicálvaro y Aranjuez,
y además anoche fueron
á ofrecerse al comité
un teniente general,
un teniente coronel
y diez sargentos segundos.
– ¿Cuántos ha dicho usté?
—¡Diez!
—Entonces ahora colamos.
—Como dos y una son tres.
Yo pongo el pescuezo.
—Y yo.
—¡Viva la...
—¡Chist!
—¿Sabe usté
para qué quiero que llegue

pronto el día del belén?
—Para colocarse.
—¡Quiá!
¡Para cortarle la nuez
á ese cochino de...
—¡Chist!
No lo echemos á perder,
Guarrete, que...
—Bueno, López.
—Y nada, ya sabe usté:
cuando se quiera usté armar,
á la calle de Amaniel.
—¿Número?
—Cincuenta y dos.
—¿Cuarto?
— Cuarto.
—Está muy bien.
Nos armaremos, y luego...
—Luego á triunfar... y á comer.

COMPAÑERISMO

—Bueno; *pa* que tú te enteres,
el *remontoire* de níquel
le *afanó Celipe*, ¿sabes?
Pero como que *Celipe*
no ha *encontrao entodavía*
quien le *chafe* las narices
por cochino, se chulea
y no hay un Dios que le obligue
á repartir las ganancias,
como el reglamento *esige*.
—*Tié* gracia.
—Y lo peor es
que el sinvergüenza repite.
Hace tres *ú* cuatro noches
rascó en el Circo de Price
una áncora línea *reta*

con diez y siete *rubises*,
y como está *acostumbrao*
á que ninguno le chille,
también se *achantó* los cuartos,
según me dijo *la Trini*
ayer tarde en la taberna
de la calle del Salitre.
—Vosotros *tenís* la culpa
por ser unos infelices.
¿No *sus habéis asociao*
como Dios manda, los quince
más decentes, *pa* tener
unión?
—Eso que tú dices.
—¿No *sus* preside el *Chufitas*?
—Claro.
—Pues si *sus* preside,
¿por qué no vas y le cuentas
las cosas que hace *Celipe*,
pa que en la primera junta
le dé dos *patás*?
—No sirve
que uno se ponga de malas,
porque el *Chufitas* distingue,
y como el otro es pariente
de un *ispetor*...
—Pues *demite*
y trabaja por tu cuenta
pa que ninguno te *chinche*.
Ahí *tiés* al *Rata pilonga*,
que es más bruto que un tabique,

y sin embargo, cien duros
al mes no hay quien se los quite;
pero es por eso *na* más,
porque trabaja *de libre*
y si saca dos *ú* cuatro
hace lo que hace *ca quisque.*
—Ya sé yo que *tan y mientras*
que *haiga* tranvías y *ripes*
no me ha de faltar un peso
pa comer, como tú dices.
—¡Claro!
—Pero de *toos* modos,
en cuanto que á mí me *trinquen*
por una *casualidá*
muy grande, no hay quien me quite
de estar en el *Abanico*
seis días, *ú* diez *ú* quince,
y estando *asociao varea*
porque siempre hay más posibles
y más *proteción.*
—Pues mira,
hoy me han dicho que al *Melimes*
le hace falta un *descuidero*
pa la vacante de *Pringue.*
¿Quiés que le trabaje?
—Bueno;
trabájale, y si me *azmite*
te vas *cualisquiera* noche
por mi casa, me lo dices
y... oye, vamos á *pirarnos,*
que vienen dos *aguaciles*

y nos van á dar *pa* el pelo
si nos *guipan*.
—No te achiques.
Esos dos ya me conocen
y no hay *cuidao;* conque sigue.

LOS CURSIS

—Vamos, anímense ustedes,
que no están bien esas caras
en un sitio donde hay jóvenes
de poco juicio, ¡caramba!
Aquí hace falta bullicio,
y alegría, y algazara.
—¡Pues que cante la Paquita!
—¡Sí, sí, que cante la Paca!
—¡Pero, por Dios, si no sé!
—¡Jesús, y estamos *cansadas*
de oirla todos los días
desde el comedor de casa!...
—¡Sí canta divinamente!
—¡Pues ya lo creo que canta!
Como que imita muy bien
á la Patti y á la Pasqua
y tiene ya varios *diplomas*
del Conservatorio.
—¡Cáspita!

—Sólo que con este genio
en seguida se acobarda.
—Vamos, denos usté gusto.
—Mujer, no seas parada,
que todos estos señores
son de mucha confianza.
—Pues claro.
—¡Que cante un *chotis!*
—¡No señor, que cante un *área!*
—¡Paquita, cante usté un poco!
—¡Cante usté un poquito, Paca!
Á fuerza de muchos ruegos
decídese la muchacha,
y haciendo una reverencia
sale al centro de la sala,
donde un señor farmacéutico,
que toca muy bien la flauta,
se coloca de antemano
ansioso de acompañarla.
Saca Paquita sus lentes,
porque la enseñó la práctica
que sin lentes son muy pocas
las niñas cursis que cantan;
tose en diferentes tonos,
hace dos ó tres escalas,
y con todo el aparato
que exigen las circunstancias,
ejecuta, según dicen,
no sé qué de la *Traviata*,
y echa por aquella boca
gritos que parten el alma.

A pesar de esto, las gentes
que la escuchan se entusiasman
sin querer, para que vean
que están muy bien educadas,
y dicen cuando la niña
concluye de hacer la plancha:
—¡Bravo!
—¡Bien!
—¡Que se repita!
—¡Sublime!
—¡Es usté una alhaja!
—¡Qué sentimiento!
—¡Qué timbre!
—¡Qué expresión!
—¡Y qué garganta!
—¡Bien nos ha hecho usté la Patti!
¡Bien nos ha hecho usté la Pasqua!

ENTRE CABALLEROS

—¡Cállate, *so bocaza*, y no presumas
mientras *haiga* á tu *lao* gentes de mérito
que puedan *osequiarte mayormemte*
con un par de *gayetas*, por ejemplo!
—¡*Me se* figura á mí que *entodavía*
no ha nacido quien pueda hacerme bueno
eso que dices tú!
—Yo le conozco.
—Puede que le conozcas.
—Ya lo creo.
—¿Y dónde está esa fiera, Bonifacio?
—Pues esa fiera está, sin ir más lejos,
haciéndote el favor de hablar contigo,
aunque sabe muy bien que eres un *méndigo*.
—No dirías lo mismo en otra parte.
—¿Dónde?
—Pongo por caso, en el *terreno*,
que es donde van los hombres con vergüenza

si saben distinguir y tienen genio.
—Aunque no me rebajo casi nunca
ni doy *sastifaciones* á muñecos,
iremos, si tú quieres, *Vitoriano*.
—Entonces, vamos ya.
—Pero te *azvierto*
que no traigo *herramienta*.
—Ni hace falta.
Yo tampoco la traigo.
—Pues con eso
te doy tres puñetazos en los morros
y así no hay compromiso.
—Lo veremos.
....
....
....
—¿Sabes lo que te digo, *Vitoriano*?
—Si lo dices, quizás podré saberlo.
—Pues digo que no es justo ni prudente
que se den de *trompás* dos compañeros
por una tontería.
—¡Bonifacio!...
Cuando á un hombre de honor le llaman *méndigo*
y le faltan á su honra, si es preciso
se mata con su padre.
- Por supuesto.
—Y si no es un *morral*.
—Pero no *ostante*,
si ve que se lo llaman sin *ojecto*
de ofenderle á su honor...
—En ese caso

no hay cuestión, Bonifacio.
—Pues por eso
no debe haberla aquí. Tú eres decente
y eres *dino y honrao*.
—Los dos lo *semos*.
Y al que diga otra cosa... vamos, hombre,
le arrimo dos *patás* que le reviento.
—Bueno, ¿tú te *retratas*?
—Me *retrato*.
—Pues entonces me doy por *sastifecho*
y acaba la cuestión.
—Naturalmente.
—*Chócate, Vitoriano,* y hasta luego.
Voy á ver si se *cae* algún *celindro*.
—Y yo á ver si se *cae* algún pañuelo.

CONVERSACIÓN

—Pero ¿usté no sabe nada?
—Ni esto.
—¡Parece mentira!
¿Se acuerda usté de aquel chico
moreno, con patillitas,
que jugaba por las noches
en casa de las de Bringas?
—No recuerdo.
—Sí, mujer.
Ese muchacho bolsista,
de Miguelturra, que tiene
la nariz en carne viva,
y además toca el *armonium*
á cuatro manos. ¡Ay, hija,
si es muy conocido!
—Sí,
es que al pronto no caía.
—Bueno, pues ese indecente

se ha fugado con la chica
de Rodríguez.
—¿Qué Rodríguez?
—El oidor.
—¡Jesús María!
Me deja usté tonta. ¿Y cuándo?
—El jueves hará ocho días;
pero ya los han cogido,
según me ha dicha Menjíbar,
en una casa de huéspedes
de la calle de Zurita.
De modo que ahora tendrán
que casarlos en seguida,
porque si no, ya ve usté
qué honra gana la familia
con esto.
—¿Querrán los padres?
—Al principio no querían,
pero después del escándalo
que les ha dado la niña,
no han tenido más remedio,
los pobres, que hacer de tripas
corazón, para evitar
que los pongan en berlina.
—¡Mire usté la mosca muerta,
y parece que en su vida
no ha roto ni un plato!
—Sí,
¡buenas están las mosquitas!
Por supuesto, acá *inter nos*,
á la madre de la chica

le está muy bien empleado
lo que le pasa, porque, hija,
cuidado que yo la he dicho
cincuenta veces:—Quintina,
¡vigile usté á la muchacha,
que es un poco levantisca
y hay hombres muy sinvergüenzas
en el mundo! Pero, amiga,
como si no; se conoce
que tenía mucha prisa
por encontrar un imbécil
que cargara con la niña,
y la dejaba que hiciera
su capricho. Es tontería,
señora, cuando las madres
no tienen una *mijita*
de *pesqui*, ven lo que ven
y luego ¡quien lo diría!
—Justo.
—Por eso hay cien casos
como ese todos los días.
Ahí está, sin ir más lejos,
la de López Mondonguilla,
que por ser su madre así,
tan... yo no sé lo que diga,
tuvo un disgusto horroroso.
—¡No fué chico!
—No, fué chica.
En fin, doña Emerenciana,
me voy á casa en seguida,
porque he dejado á mi Elena

con su novio el de marina
y no me gusta que estén
solos. Conque hasta la vista.
Muchas cosas á Gutiérrez.
—Gracias, doña Bernardina

EN LA ALHAMBRA

(PONGO POR CASO)

—¿Quieres bailar?
—No, señor.
—Sólo una polka.
—Ni media.
—Vamos, anda.
—¡Que no quiero!
¡Pues no eres tú poco *pelma*
que digamos!...
—¿Á que bailas?
—¡De veritas!
—¿Qué te apuestas?
Por lo mismo que no quieres,
te vas á bailar con *menda*
el vals, la polka mazurca
y el *chotis* y la habanera.
—No será *verdá*.
—¿Por qué?

—Porque ya tengo pareja
para mientras dure el baile.
—Como si no la tuvieras,
porque le corto la nuez
al primer *gachó* que venga
poniéndose moños.
—¡Puede!
—Como haga alguno la prueba,
ya verás si se arma bronca.
—¡Qué *atrocidaz!*
—¿Te chuleas?
—Ca, chico; si es que me asusto.
—Pues *acede* por la buena,
y báilate y no seas *panfli*,
que es lo que te tiene cuenta
mayormente.
—Yo, con tal
de que no te comprometas,
me *resinaré*.
—Pues *arza*,
que el cuerpo me pide *juerga*,
y ya se están preparando
pa tocar los de la orquesta.
¿Oyes?
—Sí, pero te advierto
que no me gusta dar vueltas,
porque en cuanto que las doy
me se sube á la cabeza
toda la sangre, y después
me atonto y...
—Sí, y *ecetera*.

—Quiero decirte que no
me gusta la *filadelfia*.
—Eso, ni que decir tiene.
—Yo te hacía esta *azvertencia*
porque...
—Vamos, que te *cayes*,
y agárrate que ya empiezan.
.....
¡Olé las niñas gitanas
que se traen las cosas buenas!
¡Eso es saber distinguir
y bailarse en toda regla!
—¡Ay, qué Dios!
—Pues ya lo creo;
si se está viendo á la legua
que eres la primera *tuna*
que hay en el baile.
—¡De veras!
—Eso.
—Vamos, se conoce
que está la noche de *queda*.
¡Valiente punto estás hecho!
—¡Punto!
—Digo.
—*Pa* que veas
que soy una personita
con mucha delicadeza,
y que alterno con *too* el mundo
y que tengo ropa negra,
vámonos al *ambigús*
á tomar una botella

de lo que te dé la gana,
que tengo aquí dos pesetas
pa gastármelas contigo
en lo que á ti te parezca.
—Andando.
—Pero antes tienes
que quitarte la careta.
—¿Y si te asustas?
—Mejor.
Como si me dan viruelas.
—Mira que soy horrorosa.
—No me importa que lo seas.
—¿Crees que miento?
—Me parece.
—Pues para que te convenzas
voy á enseñarte la cara.
¿Lo ves?
—¿Y eres tú la fea?
¡Benditas sean las *filas*
de las barbianas de Persia!
—¿Qué te parezco?
—¡Muy guapa!
¿Y yo?
—Un tuno de primera.
—¿Has venido sola?
—Sola.
—¿Y vives lejos?
—No, cerca.
—Te acompañaré.
—Corriente.
—¿Después del vals?
—Cuando quieras;

pero no arrimes la cara
y *desaparta* las piernas,
que hay quien mira.
—¡Que *haiga*!
—¡Claro!
¿Y si nos ven?
—¡Que nos vean!

Á UN POSMA

Demostrando una vez más
que en punto á desfachatez
no hay quien te aventaje, Blas,
hoy me escribes otra vez
desde el pueblo donde estás,
consultándome el proyecto
de cierta *cosa* en un acto,
según dices, «con *ojecto*
de que yo diga *ipso facto*
si la encuentro algún defecto.»
Y como me tienes frito
con tus consultas estultas,
hoy voy á ver si te quito
ese maldito prurito
que tienes de hacer consultas.
Ya sabes perfectamente
que siempre que pretendiste
mi opinión incompetente,

con tu gusto te saliste;
pero en la ocasión presente
  desoigo tu pretensión,
y aunque es cosa lisa y llana,
no te digo mi opinión
por la sencilla razón
de que no me da la gana.
  Puesto que en mil ocasiones
al ver tus composiciones,
que nunca debí juzgártelas,
te quité las ilusiones,
ó mejor, quise quitártelas,
  y aún no ves que desatinas,
ni adviertes que me encocoras,
y sigues con tus pamplinas
dándome cien sofoquinas
terribles á todas horas,
  maldigo tu pesadez,
escritorzuelo en agraz,
y renuncio á ser tu juez
para ver si de una vez
me dejas vivir en paz.
  No obstante, aunque convencido
estoy de que aún no ha nacido
mortal que á ti te convenza,
porque no tienes vergüenza
ni nunca la has conocido,
  con los mejores deseos
te aconsejo, por tu bien,
sin ambages ni rodeos,
que te dejes de floreos

por siempre jamás, amén.
¿No ves con desilusión
que en premio á tu inspiración
la gente, con muy buen fin,
te llama calabacín,
en lo cual tiene razón?
Entonces, ¿por qué deliras?
¿Y á qué demonios aspiras
con tamaña chifladura?
¿Y por qué no te retiras,
desdichada criatura?
¿O te imaginas quizás
que con tesón llegarás
á la altura que has soñado?
¿Que sí? Pues estás errado.
¡Pero muy errado, Blas!...
Si no dejas tu tesón
y haces versos al *tun-tun*,
sin tener disposición,
siempre serás un atún
con chaquet y pantalón.

CHULERÍAS

—¿Y *sus* divertisteis?

—¡Anda!

¡Corrimos la primer *juerga*!
Verás: yo me la encontré
la otra noche en la *prazuela*
de Antón Martín, y la dije:
«*Me se* ha puesto en la cabeza
que yo y tú tenemos que ir
un domingo de merienda;»
y ella, que ya ni debía
de mirarme *tan siquiera*,
porque la *verdá* es que yo
me he *portao* muy mal con ella,
dijo... dice: «Pues ya sabes
que yo voy donde tú quieras».
En total, que nos *citemos*
pa ayer á las tres y media
junto al cuartel del Rosario;
tomemos una *manuela;*

le dijimos al cochero
que nos llevase á las *Ventas*,
y en aquel ventorro que hay
según se va á la derecha,
cogimos dos *violinas*
de las de primera fuerza.
Na, que se pasó la tarde;
por supuesto con decencia,
porque eso sí, la Juliana
será *too* lo que se quiera
y tendrá, si á mano viene,
tal cosa *ú* costumbre fea,
pero tocante á honradez
yo sé *mu* bien quién es ella.
—*Gacho*, *miá* que *tiés* partido
con las mujeres. Y que esa
es de *buten*.
—Y lo creo
que lo es. Dí que si no fuera
porque *tié* tan *señalaos*
los hoyos de las viruelas
y porque es algo *tartaja*...
¡vamos, que habría que verla!
Dentro de un mes va á casarse,
según dicen malas lenguas,
con ese chico albardero
concuñao del *Gallinejas*,
que la *tié depositá*.
—¿Dónde?
—En su casa.
—¡Quisiera!

¡*Miá* que en su casa!
—Pues claro,
como que vive con ella.
—Entonces ya *pués* decir
que *habís chafao*.
—No lo creas,
porque en cuanto que la encuentre,
mas que esté *casá* de veras,
nos citamos de segundas,
cogemos una *manuela*,
le decimos al cochero
que nos lleve hasta las *Ventas*...
¡y yo entiendo!
—¡Vamos, *na*,
que *sus* mamáis la gran *juerga*!

PEQUEÑECES

Cuando alguno, que se precia
de conocer lo que valgo,
me dice: «¡No seas tonto
y escribe para el teatro!»
le doy las gracias por fórmula,
y digo allá, en mi interior:
—«Éste, si no es un borrico,
tiene muy mala intención».

—

—¡Hola, chico! ¿Adónde vas?
—Á ver á las de Cuyás,
esas coristas ingratas.
—¡Demonio! ¿Conque las tratas?
—Por encima nada más.

—

Ya no me miras desde
que te has casado.
¡Váyase por lo mucho
que me has mirado!

—

Un mozo de café, zaragozano,
se suena las narices con la mano;
y un tenor de zarzuela, filipino,
se lava con aceite de ricino.
Lo cual prueba que hay gentes muy cochinas
lo mismo en Aragón que en Filipinas.

—

La suegra de Quijada el ministrante
se tragó dos ovillos de bramante,
y al sacarle la cuerda introducida
cuentan que la infeliz perdió la vida.
Por eso dice, con razón, Quijada
que murió descordada.

—

En una tertulia cursi,
cierta vieja entrometida,
de esas que dejan la escoba
para manejar la lira
y hablan de literatura
lo mismo que de cocina,
calándose los anteojos
con petulancia, decía:
—¿Habrá en el mundo, señores,
otra cosa más rídicula
que un mal poeta?—Y al instante
un tertulio que la oía
la contestó:—Sí, señora:
una buena poetisa.

—

Serafín, que es un rubio azafranado,
se casó locamente enamorado
con una chica rubia como el oro
que vivía en la calle del Tesoro,
y ocho meses después de haberse unido,
según tengo entendido,
le dió el cielo una niña encantadora
con el pelo más negro que la mora.
Estas anomalías,
que vemos sin querer todos los días,
enseñan claramente
que anda mal de moral alguna gente.

—

Cuando ya estuvo el toro preparado,
lió el espada, le pinchó en un lado,
y el arma, despedida por la fiera,
se clavó en el cogote de un casado
que estaba en la barrera;
mas con tan mala suerte
que al pobre aficionado dió la muerte.
¡Y aún me dice la viuda muy formal
que falleció de muerte natural!

—

Te escuecen las mejillas, y preguntas
que cómo has de curarte. Es muy sencillo.
Le dices á tu novio que se afeite,
y asunto concluído.

UN JEFE DE GOBIERNO

—Y en la cuestión de la guerra,
¿tú qué es lo que eres, *Tiñama*?
¿Pesimista ú *otimista*?
—¿Yo? Profesor de guitarra.
—¡No contestes vaciedades!
—¡Pues no preguntes gansadas!
A mí que me han *dao* su sangre
la casquera más gitana,
más baril y más castiza
del *Mercao* de la Cebada
y el matarife de cerdos
más terne de cuantos *haigan*
peinao tufos, no *me se* hacen
esas preguntas ni en guasa.
—¡Camará, pues no te escueces
tú mucho!
—¡Me da la gana!
—¿Te has resentido?
—¡*Pa* chasco!

—¡Qué *delicao!*
—¡Pocas gracias!
¿Dónde nací yo?
—*Nacistes*
enfrente de la *Posada*
del Dragón.
—Entre un despacho
de huevos de mucha fama
y un *extraztor* de raigones.
—*Verdaz;* en la Cava Baja,
entrando á la mano izquierda.
—Bueno, ¿y dónde está la Cava?
—En *Madriz.*
—*Perfeztamente.*
¿Y *Madriz* dónde?
—En España.
—¡Pues el que se trae al mundo
todas esas circunstancias.
y es, por consecuencia de ellas,
español hasta las cachas
tié que llamarse *otimista*
mas que le suplique el Papa
lo contrario!
—De manera
que si yo veo más claras
que tú las cosas, y digo
que nos van á hacer la pascua
los *yanqueses*, no por bravos,
que la bravura se mama,
y á ellos les meten la sangre
con lavativa en el arca

del cuerpo, sino por otras
y muy diferentes causas,
¿no soy español?
—¿Tú?
—¡Claro!
—¡Ni siquiera de la Alcarria!
—¡Te *azvierto* que yo no *azmito*
ciertas *espresiones*!
—¡Vaya!
¡pues yo te las doy escritas
de mi puño, si hace falta!
.....
Los que no movéis la lengua
si no es *pa* hacer *comparanzas*,
de las que siempre resulta
que aquí somos unos chanclas
indecentes; los patriotas
de á real y medio la vara
que, presumiendo de *doztos*,
nos enseñáis abultadas
la grandeza del contrario
y la pequeñez de España
pa deducir que debemos
poner al aire la cara
y dejar que nos las llene
de mocos cualquier canalla;
los que no ven en su tierra
que es y será, mientras *haiga*
luz en el cielo, la madre
de la guapeza sin trampa,
ni bravura *pa* el envite,

ni aguante *pa* las desgracias,
ni ejército, ni marina,
ni *moralidaz*, ni lacha,
merecen ser de Charleston
y haberse *cebao* en Tampa
y ser ahorcaos en Chicago,
y siento que mi *iznorancia*
no encuentre pueblos más ruines
en *too* lo largo del mapa.
¡He dicho!
—Se ve que tienes
facilidaz de palabra.
—*Facilidaz* y *entresijos*
y pundonor y navaja.
—Yo que tú me iba á Manila.
—Si me lo exige la patria
me voy al propio *Guasinton*,
me introduzco en Casa Blanca,
cojo á Mac Kinley del morro,
le casco la nuez y ¡pata!
—Ten tú *cuidao* no te casquen
la tuya.
—Si me la cascan
(que está en lo posible), créeme
que ellos no se van de *guagua*,
porque la nuez de este cura
tié la tasación muy alta.
—Puede que hubiera un *conflizto*
internacional.
—¿Qué?
—Nada.

—¡Se han visto cosas más negras
que la pez! Y si es que tratas,
por ejemplo, de tomarme
los bucles, *Chapalangarra*,
te pongo la región *glútia*
del color de las lombardas.
—No he *tratao* de molestarte.
—Bueno, pues por si tratabas.
.....
Aquí, *pa* que tú te enteres,
¿sabes qué es lo que hace falta?
Dí.
—Millones.
—¡Ca!
—¿No? *Tórpedos.*
—Menos.
—*Destroyeres.*
—¡¡Magras!!
Un tío como el alcalde
de Móstoles, ¡con agallas!
que no entienda ni un pimiento
de esas pamplinas que llaman
cencia, educación, política
y derecho y diplomacia,
pero que tenga sentido
común y amor á su patria
y una cabeza muy dura
y una pupila muy clara.
—¿Y *ande* está ese hombre?
—¡Presente!
—¡Quién! ¿Tú?
—Yo. ¡*Reimundo* Trápaga!

—Bueno, si me lo permites
voy á reirme una *miaja*,
Reimundo.
—Puedes hacerlo,
con permiso.
—Muchas gracias.
—Pero he de participarte
que si hoy día me nombraran
presidente del Consejo
de *menistros*... ¡me mascaba
los champiñones, yo solo,
siempre que no se acabara
la simiente de los yanquis
en tres *ú* cuatro semanas!
—¿Qué ibas á hacer?
—¡Poca cosa!
—¿*Tiés* algún plan?
¡Y de barba
de mico viudo!
—¿Se puede
saber?
—Si me das palabra
de guardar bien el secreto,
te lo diré en confianza.
—Soy un cadáver.
—Pues oye
los varios puntos que abarca.
—Venga.
—Primero. *Prencipio*
por ahuecarles el ala
á *toos* los pollos que cursan

la carrera diplomática
en Burgos, Ceuta, Santoña,
Melilla, el Peñón, Ocaña
y en las otras *politéznicas*
no menos acreditadas.
Los envío á Cayo Hueso
con sus *respeztivas* facas
y que pinchen lo que quieran
y que roben lo que caiga
y de paso que se ocupen
en mejorarles la raza
poco á poco.
—¡Qué *Reimundo*
más ocurrente!
—Ventajas
de esta medida: nosotros
nos quitamos una lañia
y un gasto y ellos *azquieren*
la *cultura* que les falta.
—¿Y en qué buques los envías
si *toos* están en la escuadra?
—¡Se van á nado, si hay hembras
y dinero donde vayan!
—Sigue.
—Segundo. Le escribo
á *ca* nación una carta
diciéndola que estoy bueno
de *saluz*, y en la posdata
pongo, con buenos modales,
que eso de las alianzas,
ecétera, me lo paso

por debajo de las ancas.
—¿Y *pa* qué?
—*Pa* que se enteren
del *efezto* que me causan.
—Y se atufan y te piden
una explicación.
—¡Qué gracia!
Y yo entonces les contesto
que vengan aquí á buscarla.
—Y ellos van y se *cualigan*
y vienen y te escacharran!
—¿Tú te acuerdas de *Pucheta*?
—Sí.
—¡Pues ya sabes la *másima*.
Tercero. Mando que saquen
una quinta extraordinaria
de cien mil hombres.
—¿*Na* menos?
¡Muchos me parecen, Trápaga!
—Bueno, pero es porque *iznoras*
que voy á *esigir* que vaya
too Cristo, desde el *pelambres*
que tenga que andar en chanclas
hasta el que lleve á destajo
sombrero de copa de alta.
—Pero la gente de guita
se *redemirá*.
—¡Las ganas!
¿Tú te crees que eso se compra
lo mismo que la mojama
siendo yo poder? ¡El rico

dará su sangre y su plata!
—¡Y un jamón!
—¡Si *tié* jamones,
también jamón! Y si *grazna*
se le pegan cuatro tiros
y se le forma sumaria
por indecente.
—¡Bien hecho!
—Cuarto.
—Dispensa. ¿Te falta
mucho?
—Treinta y dos artículos
y un resumen.
—Pues descansa,
que voy á darte un consejo
barato y útil.
—¡Despacha!
—¿Quieres acertar de golpe
y *azquirir* dinero y fama?
—¡Ni que decir *tié!*
—Pues mira,
Reimundo: coge el *pograma*,
le aumentas un par de números,
le introduces una *miaja*
de sinfonía, te vistes,
te presentas á Sagasta
con el plan, se lo recitas
acompañao de guitarra
ó *acordión*, y de resultas
ya *tiés* mantención y casa
pa siempre, porque te *azvierto*

que cuando concluyas, manda
que te lleven á un presidio
ó á un *manucordio*, ¡palabra!
—Te estoy viendo cómo *erutas*
y no sé, *Chapalangarra*,
si darte dos estacazos
ó si escupirte la cara;
pero voy á *oztar* por lo último
pa no ensuciarme la estaca.
—¡¡Vamos, no escupas!! ¡¡Qué bárbaro!!
¡Lo ha *tomao* en serio!...
—¡Lástima
que fuese á tomar á chunga
las *vejaciones* á España!
—¡Pero, *so* sucio, ¿no sabes
que yo fabrico corbatas
patrióticas?
—Está claro
que lo sé.
—¡Viva la gracia!
¿Pues en qué cabeza cabe,
si es cabeza y no patata,
que el que fabrica esas cosas
puede ofender á su patria?
¡Ha sido una broma!
—¡Chico,
dispensa! Pensé que hablabas
de formal.
—¡Sí, pero mira
cómo estoy!
—¿Qué quieres que haga?

—¡Que obres de cierta manera,
porque ya ves!...
—Hombre, calla,
y vente á tomar dos copas.
—Bueno, vamos á tomarlas,
¡pero *gachó*, qué saliva
más pegajosa *me* gastas!

ENTRE AFICIONADOS

—No vuelvo con *el Ponciano*
mas que me pague el billete,
porque ni Cristo le aguanta
con ese vino que tiene.
—Y es la *verdá*.
—Vamos, hombre,
te digo que en cuanto bebe
dos *ú* tres copas, se pone
chalupa completamente
y arma *bronca* con su madre,
por nada si á mano viene.
El otro día estuvimos
en la *becerrá* del Puente
con Melanio, el oficial
del taller del señor Pepe,
y porque el segundo bicho
salió con *muchismos pieses*
y dije yo que debían

darle cinco *ú* seis *ú* siete
verónicas, con *ojecto*
de aplomarle *mayormente*,
fué el *morral* y me atizó
cuatro *patás* en el vientre
que por poco me disloca.
Luego, si uno se enfurece
y echa mano á la *herramienta*,
como Dios manda, la gente
le pone de poca *lacha*
que no hay por dónde cogerle.
—Pues si llega á dar conmigo...
yo entiendo.
—¿Vas á perderte
por un bocaza?
—No.
—¡Entonces!...
Á mí lo que más me puede
es que hombres como *el Ponciano*
quieran ser inteligentes
cuando no han visto en su vida
más que *embolaos*.
—Me parece.
—Á ése ya se le figura
que porque ha sido tres meses
ayudante *ú* no se qué
del que pega los carteles,
va á saber más que *too* el mundo.
—Pero ¡qué va á saber ese
calabaza! Que te diga
lo que hay que hacer con las reses

cuando se *entableran*; vamos,
¿á que no lo dice?
—Puede.
—¿Á que no dice tampoco,
ni *pa* Dios, qué es lo que debe
de hacer un diestro al *quebrarse*?
—Eso ni que decir tiene.
—Pregúntale cualquier día
cuántos *melímetros* puede
tener cada rejoncillo
de los comunes, si quieres
verle *acharao;* pero cómo,
acharao completamente.
Pregúntaselo por gusto.
—¿*Pa* qué? ¿*Pa* que me conteste
de fijo con otras cuatro
patás como las del Puente?
¡Anda y que se lo pregunte
su padre si le parece,
que yo no vuelvo á juntarme
con mamarrachos como ése!

INTERROGATORIO

—Buenos días.
—Buenos días.
—¿Está usté bien?
—Muy bien, gracias.
—¿Es usté don Luis?
—El mismo.
¿Y usté quién es?
—Yo, la Paca.
—¿La Paca?
—Sí, la *Currilla*.
—Pues no recuerdo.
—¡Me extraña!
Bueno; yo sirvo.
—Lo creo.
—Quiero decir que soy fámula.
—¡Ah, vamos!
—Y como sé
que usté busca una muchacha

para todo, me he llegado
por si quiere usté hacer *changa.*
—¿De dónde es usté?
—Del Puerto.
—¿Y ha estado usté en muchas casas?
—En treinta.
—¡Diablo!
—Y de todas
me han echado.
—¡Pues no es nada!
¿Tal vez por sisar?
—¡Ay, no!
Yo en eso soy muy *esata;*
pero ¿sabe usté? como una
es un *poquitillo* guapa,
y ustedes los caballeros
tienen las manos tan largas,
muchas veces ocurría
lo natural: que las amas
cogían á los señores
con las manos en la masa,
y la *vítima* era yo
casi siempre.
—Bueno, Paca;
y usté ¿qué hace?
—Soy doncella,
ó lo he sido, hablando en plata;
pero se empeñó un canario...
—¡Un canario!
—De Canarias,
en que había de dejar

de serlo, y por esta causa
ahora me dedico á todo
como cualquiera criada.
—¿Sabe usté guisar?
—Al pelo.
—¿Y coser?
—Como una máquina.
—¿Es usté obediente?
—Mucho.
—¿Y dócil?
—Como una malva.
—¿Madruga usté?
—¡Ya lo creo!
—¿Me dará usté gusto?
—¡Vaya!
—¿Cuánto piensa usté ganar?
—Lo que á usté le dé la gana.
—¿Le tira á usté la milicia?
—Á mí no me tira nada.
—¿Es cierto?
—¡Por estas cruces!
—Me gusta usté.
—Muchas gracias.
.....
—Conque lo dicho.
—Lo dicho.
—No hay que hablar...
—Ni una palabra.
—Hasta mañana, *Currilla*.
—Señorito, hasta mañana.
—(¡Vale mucho y es muy guapo!)
—(¡Vale mucho y es muy guapa!)

EN LA CALLE DE TOLEDO

(DIÁLOGO HORTERIL)

—Se me ha puesto en la cabeza
que usté es de Vitigudino.
¿Á que es cierto?
—No, señora.
—Dispénseme usté; lo digo
porque tengo en ese pueblo
un muchacho conocido
ministrante, que se llama
Policarpo Romadizo,
más chirigotero y más
dado al amor y al bullicio
que el mismo don Juan Tenorio
de Ruiz Zorrilla. Es sobrino
de un señor que fué teniente
cura de Valdemorillo,
pero qué perdió el curato

por razones que no explico
y hoy trata en reses vacunas,
lo cual viene á ser lo mismo
si se tiene en cuenta que...
—Pero...
—Pues bien, como digo,
yo quiero al muchacho aquel
de un modo exageradísimo,
porque, hijo, tiene unas cosas
que hacen perder el sentido;
sobre todo aquel lunar
de cabellos retorcidos
que Dios le puso en la frente
entusiasma; en fin, lo mismo
que el de usté, que, dicho sea
de paso, es retrato vivo
de aquél; por eso creí...
pero no, ya he comprendido
mi equivocación; me choca;
jamás hubiera creído...
—Yo he nacido en Carratraca.
—¡Jesús, Carratraca dijo!
¡Si no conozco otra cosa!
También tuve allí un amigo;
don Homobono. Aquél era
comerciante de tejidos.
Hacía mucho negocio,
pero dió quiebra el indino,
de esas quiebras que usté ya
comprenderá...
—¡Comprendido!

—Actualmente tiene coches
y cocheros; es muy listo.
Anduvo tras de mi niña...
—¿Sí?
—Pero ella no le quiso
porque, según luego supe,
no la llenaba... De fijo
sabe usté á quién me refiero.
—¡Cómo que es hermano mío!
—Entonces usté es pariente
de una tal doña Rocío...
—Sí tal.
—Que trabaja en cueros.
—¡Señora!
—Bien, en curtidos.
¡Si lo estaba yo diciendo!
¡Se parece á usté muchísimo!...

LO DE SIEMPRE

—¡Chula, que te *cayes* digo!
—¡Chulo, no me da la gana!
—¡Que nos *guipan!*
—¡Que nos *guipen!*
—¡Que hay mucha gente!
—¡Que la *haiga!*
¡Te tengo dicho que quiero
que sepa tus *charranadas*
todo el mundo, y me han de oir
hasta los sordos!
—¡*Bocaza!*
¡Tú no *tiés* educación,
y voy á tener que dártela!
—Mira, quédate con ella,
que te hace bastante falta,
ó se la endosas si no
á esa cursi con quien hablas.
—Porque sabe distinguir

y es *mu* valiente y *mu* guapa;
lo cual que, segun me ha dicho,
tiene las primeras ganas
de arrancarte el moño.
—¿El qué?
—¡El moño!
—¡Jesús, que lástima!
Díle que no me le arranque,
porque si me quedo calva
voy á estar muy fea.
—¿Más
entodavía?...
—¡Una *miaja*!
Más te valía, *so* tío,
tener una poca *lacha*
y portarte como debes
con una mujer honrada,
á quien debías besar
hasta los *pieses*.
—¡*Besaban*!
—Después de sacrificarme
por tus vicios y tus trampas;
después de quedarme en cueros,
como aquel que dice, para
que á ti no te falte un duro
nunca en el bolsillo, y vayas
á los toros y á las *juergas*
con otros pillos...
—¡*Inacia*!...
—Después de que te he *comprao*
un *remontoire* de plata...

—¡Que te *calles!*
—Y después
de que he *pulido* la falda
de merino y el mantón,
solo porque tú sacaras
el pantalón, que tenías
en casa del *quita manchas...*
y después de que hago todo
lo que á tí te da la gana,
me das *achares* con esa...
señora...
—¡Tú, que la faltas!
y te he dicho treinta veces
que si se me hinchan las *napias*
te reviento los hocicos
ó pierdo el nombre de *Rata.*
—De *boquilla.*
—*Ú* de *manilla.*
¿Quieres verlo?
—¿Y si me matas?
—¿Te chuleas?
—¡ e parece!
—¡Mira que te doy!
—¡Ya tardas!
—¿Sí? *Pus* ¡toma! por *boceras.*
—¡Ay! ¡pillo!
—¡Á ver si te *callas!*
.....
.....
Vamos, *Inacia,* no *llores,*
que me entristecen tus lágrimas

y tengo ya el corazón
lo mismo que una *alvellana*.
—Anda y vete, sinvergüenza,
con la *señorita*.
—*Inacia*,
no me hables de esa patosa.
—¿Por qué?
—Porque me dan *nausias*.
—¿No la quieres más que á mí?...
—¡A esa... más que á tí! ¡*De ganas*!
Si ahora tuviera dinero...
—¿Qué?
—*Na*, que te convidaba
pa probarte mi querer
de una manera más *prática*.
—Por dinero no lo dejes.
—¿Le tienes tú?
—Sí.
—¡*Pus arza*!
Vamos á...
—Donde tú quieras.
—¡Bendita sea tu *mama*!
—Déjame la cara, chico.
—Chica, no me da la gana.
—¡Que nos *guipan*!
—¡Que nos *guipen*!
—¡Que hay mucha gente!
—¡Que la *haiga*!

EL TEATRO POR DENTRO

—Tengo una queja, don Carlos.
—Hija, pues usté dirá.
—Que la niña está en el coro
hace un siglo y, la *verdaz*,
eso, como usté comprende,
no está bien, *másime más*
cuando aquí mismo hay algunas
que no valen ni valdrán
lo que mi Francisca, y suben
que es una *barbaridaz*.
¿Porque es esa *diferiencia*?
diga usté, ¿por qué? Por *na*.
¿Tiene malas formas?
—No.
—¿Se emborracha ella?
—¡Jamás!
—¿Es guapa?
—¡Vaya si es guapa!

—¿Canta bien?
—No canta mal.
—¿No enseña, como quien dice,
todo cuanto hay que enseñar,
pa que las obras estén
en *carázter*?
—¡Claro está!
—¿No la toca usté la cara
con entera *libertas*,
y yo no me enfado nunca
ni ella tampoco?
—Verdad.
—¿Por qué no ha de ser, entonces,
lo mismo que las demás,
y no que á la pobre chica
la tiene usté *postergá*?
—¡No exagere usté!
—Don Carlos,
no *desagero*. Ahí están
las Garcías, dos pendones
sin carnes, ni voz ni *na*,
y hacen ya sus papelitos
y ganan seis reales más,
y van á su casa en coche
y suelen beber *champán*
en el cuarto, como sabe
casi todo el mundo ya.
Si se propusiera usté
algún fin *particular*
con ellas, pongo por caso,
sería muy natural

esa *proteción;* pero, hijo,
si no hay quien sea capaz
de que le gusten aquellas
sardinas *escabechás*...
¡Digo, me parece á mí!
—Bueno, doña Trinidad:
¿usté quiere que la niña
salga del coro?
—*Na* más;
que trabaje con las partes.
—Bueno, pues trabajará.
Su hija de usté será tiple
antes de un mes.
—¿De *verdaz*?
—Sí, pero...
—Lo que usté quiera.
¡Pues no faltaría más!
¡Si ella le aprecia á usté mucho!
¡Ya lo sabe usté, truhán!...
—Ya lo sé.
—Voy á decírselo.
¡Ay, qué gusto le va á dar!...

UN ESCALO

—En cuanto yo me enteré
de que allí había dinero
fuí á ver al presidente,
que está en la Cárcel Modelo,
y le dije: «Mira, *Chocha:*
me se ha venido á los dedos
un negocio *suterráneo*,
superior, pero no quiero
trabajarle por mi cuenta,
porque me parece feo
faltar al compañerismo,
y sobre *too* al reglamento;
conque si *quiés* que le hagamos
por la *sociedá*, le hacemos
y luego nos repartimos
lo que caiga». «Por mí, bueno
(me contestó), y si tú sabes
que la cosa es de provecho,

te arreglas con el *Monago*
y el *Sifón ú* el *Cirineo*,
y yo *sus* dirigiré
desde aquí, con el *ojecto*
de que no metáis la pata
como siempre que *sus* dejo.»
—¡Ay su madre! ¿Y tú qué *hicistes*?
—A mí me hizo daño aquello
de meter la pata, ¿sabes?
y me lo hizo porque creo
que no soy ningún tarugo
como otros que hay en el gremio.
—¡Me parece!
—Así es que dije:
tan solamente por eso
demito y hago el asunto
por mi cuenta.
—Muy bien hecho.
—Conque hablé al *Güito* y al *Burro*,
que estaban de *volanderos*
hacía más de tres meses;
les conté *pa* su gobierno
que el negocio era un negocio
lo mismo que el pan de bueno,
y *acetaron* en seguida,
¡pero cómo!
—Ya lo creo;
cualesquiera aceta un trato
como ese trato, sabiendo
que no hay peligro.
—Ninguno.

¿no ves tú que ya estaba hecho
casi *too* y no había más
que dar el golpe?
—Pues eso
digo.
—En resumidas cuentas,
que una noche nos *colemos*
los tres á la galería
cargaos con los *istrumentos,*
por un boquete que hicimos
en el parador de *Ugenio,*
y en el *alcantarillao*
de la calle de Juanelo
vimos á los de la ronda
suterránea del *Manchego*
que estaban jugando al tute;
lo cual que en cuanto nos vieron
nos *diñaron* unas *limpias*
de *mollate,* que yo entiendo.
Después nos fuimos de allí
pa no molestar, y á eso
de las dos de la mañana,
prósimamente, lleguemos
á la *prazuela* del Biombo,
que era donde estaba *aquello;*
miré en qué sitio caería,
sobre poco más *ú* menos,
la habitación del negocio;
hicimos un *abujero,*
levantemos tres baldosas
con mucho *cuidao; entremos...*

¡y no fueron estacazos
los que nos soltaron dentro!
—¡Anda la *órdiga!* ¿De modo
que te habrán tenido preso?
—Y *entodavía* me tienen,
pero salgo cuando quiero
despachar algún *asunto*.
—¿Con permiso?
—¡Por supuesto!
Eso ni que decir tiene.
¡Pues, hombre, estaría bueno!

PACO Y MANUELA

—Tengo un capricho, Manuela.
—Mira, Paco, ya te he dicho
que no te canses.
—¡Mujer,
si no es eso lo que digo!...
¿A ti te gustan los churros?
—La mar.
—Pues mañana mismo
por la tarde, si tú quieres,
te voy á llevar á un sitio
donde, según me han *contao*,
los fabrican al estilo
de los que hacen en mi tierra.
Ya verás tú lo que es rico
cuando los pruebes.
—¡Te veo!
Siempre será ese algún sitio
como aquel donde querías

llevarme hace tres domingos.
—Haz el favor de no hablar
de aquello, porque me *enrito*
pensando en que no me tienes
ni tanto así de cariño.
—*Pué* que lo digas de veras.
—Pues es claro que lo digo.
Ahí tienes al cabo López,
que *paece* un pájaro frito
de puro feo, y no *ostante*,
ya ves lo que hace la *Filo*
por él.
—¡Sí! ¿Qué hace?
—No tengo
nesecidaz de decirtelo.
—¡Qué quieres, hijo, es que todas
no podemos ser lo mismo!
—La mujer que aprecia á un hombre
hace cualquier sacrificio,
sobre todo si es decente
el hombre.
—Como tú.
—Y dílo,
pero muy alto, porque he
probao que lo soy *muchismo*.
¿Te doy yo la ropa sucia
pa que la bajes al río,
como hacen otros?
—No.
—¡Nunca!
Desde que te he conocido

creo que no me has *lavao*
más que un par de calzoncillos,
y eso fué por lo que fué,
que si no...
—Claro.
—¿Te *esijo*
en jamás de los *jamases*
que me mantengas los vicios
con tu *guita*?
—Algunas veces
te la he *dao*.
—Pero eso ha sido
de *tu motu propio*.
—Menos
cuando andas mal de pitillos
y me la pides.
—Corriente;
y aunque eso sea verídico,
¿no soy yo capaz, en cambio,
de quedarme en cueros vivos
pa que vayas tú con lujo?
—¡Quita hierro!
—¡No lo quito,
porque es la pura *chipendi*!
¿No llevas un abanico
en la mano, que es la envidia
de todos los que le han visto?
¿No tienes unos mitones
de hilo de Escocia legítimo
que he *comprao pa* que te luzcas
en paseo los domingos?
¿No gastas un par de ligas

con broches de acero fino,
mejores, cincuenta veces,
que las que tu señorito
te regaló por tu santo?
¡Vamos á ver! ¿No te escribo
si tengo que *dirme* fuera
en pliegos de esos bonitos
con flores *iluminás*
que me cuestan un sentido?
Pues eso no lo hace nadie
sin estar loco *perdío*
por una mujer, y si ella
no paga con su cariño
el del hombre, es porque tiene
el corazón como un higo.
¿Tú me quieres á mí?
—Mucho.
—¿Palabra de honor?
—*Muchismo.*
—Pues déjame siete reales
de *tu motu propio.*
—¡Ay, chico,
perdona por Dios!
—Entonces,
escucha lo que te digo:
si vuelves por el cuartel
á buscarme los domingos
ú dices por *ahi* que estás
en relaciones conmigo,
te hincho los morros.
—¡Hinchaban!
—¡Por éstas, que te los hincho!

COSAS DE MADRID

—¡Madre!
—¿Qué?
—Baje usté pronto,
que está la *señá* Asunción
á por los cuartos y dice
que tiene prisa.
—¡Ya voy!
Dí que se aguarde si quiere,
ú que se vaya si no,
porque yo no puedo ahora
dejar esta *operación*...
¿Oyes?
—Sí, señora.
.....
.....
¡¡Madre!!
—¿Qué quieres?
—Que se va al dos

á cobrar á la Escolástica,
la del encuadernador,
y dice que tenga usté
preparao aquello.
—Voy.
—*Miste* que vuelve en seguida.
—Pues déjala.
. . . . . .
. . . . . .
—Aquí estoy yo.
—Hija, lo siento muchísimo.
—¿Por qué?
—Porque lo que es hoy
no le puedo dar á usté
ni tanto así.
—Pues señor,
á *desahogá* y sinvergüenza
no la ganan á usté dos.
—¡Gracias!
—Hace ya ocho meses
que la traje á usté el mantón
y la chambra de percal
y las medias de color,
y usté no suelta los cuartos
ni á tiros.
—Es claro; ¿voy
á convertirme en moneda
ú qué?
—Sería mejor
que, en lugar de ir al café
todas las noches de Dios

con ese *esperpento* de hija
que le ha *dao* á usté el Señor,
se quitase usté las trampas
que tiene.
—*Señá* Asunción,
no se irrite usté, hija mía,
ni esfuerce tanto la voz,
que le van á dar viruelas
malinas, y eso es peor.
—¡*Paece* que una roba el género!
—¡No diría yo que no,
por si acaso cometía
una *dequivocación!*
—¿Es de veras?
—¡Me parece!
¡De menos nos hizo Dios,
según dicen por ahí!
—Lo que es á usté sí debió
de hacerla con algo feo.
—¡Sí! ¿por qué?
—Por el olor
que despide usté.
—¡Adiós Frera!
—Poco menos; Frera no,
pero tengo muy relimpias
las ropas del interior
y *carculo* que habrá mucha
diferiencia entre las dos.
—¡Ay, qué lastima! ¿Y por qué
no ha ido usté á la Exposición
de París, *pa* que la vean?

—*Veloy*, pues por el pudor.
¿Usté no sabrá lo que es
eso que he dicho?
—¡Quiá, no!
pero lo aprendo en seguida
si me da usté una *leción*.
—El disgusto hache va á ser
el que la voy á dar yo
pa escarmiento de granujas.
—¡Puede!...
—Palabra de honor.
Si *pa* dentro de ocho días
no me paga usté el mantón
y la chambra de percal
y las medias de color,
la desnudo á usté en la calle
como una y una son dos.
—¡Ay, voy á tener *doncella!*...
—¡Misté que eso!...
—¡De labor!

EN LA PELUQUERIA

—¡Adelante, don Francisco!
—¡Siéntese usté aquí, don Paco!
—Despáchenme ustedes pronto,
que tengo prisa.
—¡Volando!
¿Qué va ser?
—Afeitar.
—Bueno.
¡Á ver, Simón, agua y paño
en seguida! ¿Ha visto usté
que tiempecito?
—No es malo.
—Treinta grados á la sombra.
¡Me parece que son grados!
Por supuesto que esto tiene
que acabar en lluvia.
—Claro.
—Mañana irá usté de toros,

¿eh?

—¿Quién, yo? No, señor.

—Vamos,

usté no es torero.

—No;

soy cornetín.

—¡Qué don Paco!

¡Siempre de broma! Pues dicen
que mata un chico muy guapo,
el *Bombita*. ¡Qué pronto ha hecho
la carrera ese muchacho!
¿*Verdad*?

—Sí.

—Yo no le he visto,

pero creo que es muy bravo
con la reses. ¡Hombre, cómo
tiene usté la nuez de granos!
¿Por qué no se baña usté?
Debía usté tomar baños
ó cualquier cosa, porque eso
no conviene abandonarlo.
—¿De veras?

—Mire usté, aquí
servimos á un parroquiano
sacerdote (pero que es
muy decente, sin embargo)
que tenía la nariz
perdida, y por no hacer caso,
ahora se le está cayendo
toda la parte de abajo
poco á poco. ¡Es una cosa

atroz!
—¡Ay!
—¿Le hago á usté daño?
Eso no vale la pena;
es un cañón. Y ahora que hablo
de cañones, ¿usté ha visto
cómo se están preparando
los alemanes? ¡Qué zorros!
¡Ese Bismarck es muy largo!...
—¡Vaya!
—Como que es un tío
que vale mucho. No tanto
como aquella personita
que llevaba usté del brazo
anoche, entre nueve y diez,
por la calle de Preciados...
—¡Ah, sí!
—¡Buena mujer!... ¿Fría?
—No, templada.
—¡Á ver, muchacho,
templadita! ¡Vamos, vivo!
Tenga usté mucho cuidado
no le caiga agua en el pecho;
y eso que ahora en el verano...
¿Quiere usté un hierro en la pera?
—¡Gracias!
—Estoy observando
que la tiene usté lo mismo
que la de Martínez Campos;
un poquito más poblada
por arriba, pero, vamos,..

—Puede ser.
—¡Ay, sí señor!
Aquí le hemos afeitado
varias veces. Y á próposito:
¿qué opina usté del sufragio?
—Yo, nada.
—Á mí me parece
que tenemos para rato.
¡Primero que lo discutan!...
—Me es igual.
—Por de contado;
pero que es lo que uno dice.
—Eso sí.
—¡Valientes pájaros
son los políticos! Vaya,
servidor de usté, don Paco.
¡Chico, ese bastón! Aquí
tiene usté; tres y uno, cuatro.
—Corriente.
—Gracias.
—Adiós,
caballeros. Hasta el sábado.
—¡Abur, señor don Francisco!
—¡Vaya usté con Dios, don Paco!

DECLARACIÓN

Madriz, primero de *Otubre*.
Apreciable Cayetana:
Dende que tuve la suerte
de ir al baile que hubo en casa
de su tía de usté, el sábado
hará dos *ú* tres semanas,
y *bailemos* la mazurka
de *El año pasao por agua*,
con aquellos movimientos
de *chipén* y aquella gracia,
tengo metida en el pecho
una cosa que me abrasa
y que me da *ca* latido
que me *escachifolla* el alma
de un modo atroz; es decir,
que me hace usté mucha falta,
porque estoy, lo que se dice,
loquito por esa cara

de virgen pura, y usté
dispense la *comparanza*.
¡Ay!... ¿Por qué es usté tan *barbi*,
morucha de mis entrañas
y de mi vida? ¿Y por qué
la dió á usté á luz su *máma*
con esos ojos gitanos
y esa boquita serrana
que están pidiendo cariño
siempre, con *la mar* de ganas?
¡Ay, Cayetana! Usté tiene
la culpa de que *me se haiga*
estropeao el estómago
completamente, palabra,
porque yo, que *pa* comer
era un lechón, *verbo en gracia*,
y no tenía ninguno
que me pusiése la *pata*
delante, hoy estoy, *por mor*
de este querer que me mata,
teniendo que mantenerme
con harina *lazteada*.

Dirá usté que estos asuntos
no se arreglan así, en carta,
tratándose de personas
que *tien* campanilla y hablan;
pero usté, que ve y *alterna*,
ú mejor dicho, que *taña*,
comprenderá que no puedo
decirla ni una palabra
estando, como está siempre,

su marido de usté en casa.
Si usté fuese tan amable
como robusta y simpática
y quisiera ir esta noche
por el café de Numancia
con *cualisquiera pretesto*,
de esos que nunca les faltan
á las hembras que distinguen,
tendríamos una *miaja*
de conversación, y puede
que al fin hiciésemos *changa*,
másime más siendo usté
decente y *honrá* y liviana,
como dicen en el barrio
toos los hombres que la tratan.
Espero, por consiguiente,
que no le dé usté la lata
á sus *afetísimo* amigo
que la distingue y que la ama,
Ceferino Pedroñeras
(El Melocotón). *Posdata*.
No se mude usté de ropa
ni se lave usté la cara
pa ir á verme, que yo soy
de *muchisma* confianza.

LAS MAMÁS DEL CORO

—¡Jesús, hija! Yo no sé
dónde vamos á parar
á este paso. Sí, porque esto
es una vergüenza ya.
¿No ha visto usté *entodavía*
los trajes que sacarán
las muchachas en ese asco
de obra que van á estrenar
esta noche?
—No, señora.
—¡Valiente asquerosidad!
Un cuerpecito escotado
de percalina *asargá*
y una faldita de gasa
que les llega aquí, lo más,
y usté perdone, señora,
el modo de señalar.

Le juro á usté que en mi vida
no he visto otra cosa igual.
—Claro, ¿no ve usté que el público
es tan *desigente*?
—¡Quiá!
No *tié* el público la culpa
si pide eso y mucho más,
sino el autor y la empresa
que en seguida se lo dan.
—Y las madres.
—Y las madres,
que debemos protestar
toos los días, hasta ver
si al fin nos dejan en paz,
porque si no, cualquier noche
con mucha facilidad
se le rompe á una la malla,
y ¡no le digo á usté *na*!
Calcule usté qué bochorno
pa una madre regular;
sí, señora, porque hay madres
de madres, aunque esté mal
que yo lo diga.
—¡Por Dios,
doña Petra, qué ha de estar!
—A la Braulia, por ejemplo,
no se le importa *en jamás*
que su chica enseñe en público
lo que no debe enseñar,
porque ya sabe usté que esa
mujer es un animal.

—¡La Braulia es atroz!
—Señora,
pero ¿qué se va á esperar
de una mujer que ha tenido
fábrica de churros?
—¡Ah!
Eso no tiene que ver;
yo vendo *ojectos* de á real
por la calle, y sin embargo,
soy *dizna* como el que más.
—Sí, pero es porque está usté
divinamente *educá*.
—Muchas gracias.
—No, hija mía,
las cosas en su lugar;
usté será lo que quiera,
pero ¡*diferiencia* va!
¿Se entrega usté á la bebida
como la Braulia?
—¡*En jamás*!
—¿Engaña usté á su marido
ni falta usté á la moral?
—No.
—¡Claro!
—Es que soy soltera.
—¡Soltera!
—Sí, pero *honrá*.
—Bueno, *pa* el caso es lo mismo,
porque queriendo faltar
iguales son las solteras
que las otras, ¿no es verdad?

—¡Dígamelo usté á mí!
—Pero
no es eso lo *prencipal,*
sino que la Braulia...
—¿Qué?
¡Alguna barbaridad!
—Pues que...
—¡Chist, que viene!
—Luego
lo diré.
—Mejor será.
¿Es verde el lance?
—¡*Muchismo*!
¡Se va usté á reir la mar!

UN JUERGUISTA

—Pues, chico, empezó la cosa
tomando yo una *manuela*
pa ella y *pa* mí. Por supuesto
que yo la tomé porque ésa
no sube á un coche *cerrao*
ni *pa* Dios; y no es que sea
delicá, ni mucho menos,
pa ciertas cosas la *Ugenia*,
sino que tiene reparo
porque hay cocheros muy *pelmas*,
y ya sabes lo que pasa
cuando ven una pareja
de dos.
—Bueno, Paco, sigue,
—Pues que tomé la *manuela*,
como digo, y nos *marchemos*
en *ca* de *Paca la Tuerta*,

porque ya me habían dicho
que tocaba allí una orquesta
de guitarras y bandurrias,
por *mor* de ser la verbena.
—*¿Sus divertiríais* mucho?
—¡Corrimos la primer *juergal*
—¿Sí?
—Como que estaba allí
toda la gente que alterna,
menos tú; ya ves, estaban
además de yo y la *Ugenia*,
Romana *la Pitarrosa*,
Luisa la Cañamonera,
el Melo, *el Mulo*, Balbino,
la Juana, su madre de ella
y algunas señoras más,
que *honrás pué* que no lo fueran,
pero como buenas mozas...
¡ya lo creo que son buenas!
Yo bailé con tres *ú* cuatro,
sólo porque no dijeran
que estaba toda la noche
pegao al rabo de aquélla,
¡y tú no sabes qué cosas
hacían con las caderas!
¡*Verdaz* es que se esmeraban
conmigo de una manera!...
—¡*Gachó*, *miá* que tienes suerte!
—¡Qué quieres, caprichos de ellas!
Y eso que uno no presume,
¡conque si uno presumiera!

—¡El acabóse!
—Oye, no,
es que hay que tener en cuenta
que la noche que te digo
llevaba yo ropa nueva.
—Eso hace mucho.
—¿Que si hace?
Pregúntaselo á la *Ugenia*,
que cuando íbamos los dos
montaos en la carretela,
no me quitaba la vista
del pantalón.
—*Pué* que fuera
figuración tuya.
—¡Ca!
¡Que le gustaba la tela!
Ya lo creo; me ha *costao*
el traje doce pesetas,
conque ya ves. Á *too* el mundo
le gustan las cosas buenas.
—¿Y con la *Ugenia bailastes*?
—¡Pues, hombre, lástima fuera!
Bailemos cuatro mazurkas,
tres *chotis*, cinco habaneras
y un *zapateao* de *buten*.
—Oye, tú, ¡y que no es maestra
la *gachí*!
—¡Ca!
—¡Ni se vuelve
loquita de la cabeza
con el baile!
—Anoche estaba

que daba gusto de verla,
porque entre yo y el mollate,
y el movimiento y la gresca
la pusimos... pero cómo,
¡lo mismito que la seda!
—¡Qué *sombra!*
—Sí, pero luego
se apareció ese *boceras*
de Manolo el de la curia,
que es el que vive con ella,
según dicen, y se fueron
de bracete.
—¡Anda la *vértiga!*
¿Y tú qué *hicistes?*
—Pues hice
lo que hubiese hecho cualquiera:
marcharme á mi *domecilio*
cuando se acabó la fiesta.
Por cierto que al llegar tuve
que *calentar* á la Pepa,
por decirme que qué horitas
de ir á casa eran aquéllas.
Na, dos puñetazos.
—Bueno;
pero, en resumidas cuentas,
tú te *divertistes*.
—¡Digo!...
¡Que corrí la primer *juerga!*

COSAS DE ELLOS

—Te digo que es pan comido.
¡Pero cómo, ya lo creo!
En cuanto que yo quisiera...
solamente que no quiero,
porque cuando el hombre es hombre
y *tié* el mundo que yo tengo,
oserva, ve y ejecuta
de cierto modo, Silverio.
En fin, tú ya me comprendes.
—Pues claro que te comprendo.
—Por lo demás, ella, aquí
pa entre nosotros, *tié* aquello,
porque me *costa*.
—¡*Miau*!
—¡Pongo
las dos manos en el fuego!
—Y te abrasas.
—¿Que me abraso?

Tú eres un chico pequeño,
como quien dice, y no ves
ni sabes hacer aprecio
de algunas cosas.
—¡Adiós,
que tú eres un lince!
—En eso
distingo como distinga
el que más.
—¡Tampoco!
—Bueno;
tú piensas á tu manera,
y yo pienso como pienso.
La cuestión es que su madre,
que es más *desahogá* que el verbo,
quiere que la estere el cuarto,
de cordelillo *na* menos,
y yo, la *verdaz*, estoy
abroncao porque no puedo
ŧafarme.
—No te dará
la gana.
—Mira, Silverio,
en algunas ocasiones
uno no puede por menos
de hacer el primo, aunque sabe
que lo va hacer, por ejemplo,
en ésta.
—No sé por qué.
—Pues oye, si *quiés* saberlo.
Cuando yo *andé camelando*

por Agosto á la Remedios,
la chica mayor, su madre,
que estaba loca de celos,
aunque parezca mentira,
quiso meterse por medio
pa estorbarme. De resultas
tuve que hacerla el *osequio*
de amarla dos *ú* tres días
pa que no pusiera pero...
—¡Ay la *vértigal*
—Y dos cuartos
de lo mismo pasó luego
cuando la pequeña y yo
anduvimos en arreglos.
De modo que la mujer
casi, casi *tié* derecho
á lo de la estera.
—¡Toma,
lo que es así ya lo creo!
Es decir, derecho, tal
y como se entiende... debo
participarte que habría
muchismo que hablar sobre eso,
Epifanio. Pero, en fin,
tú no tienes más remedio
que *resinarte ú* quedar
como un lechón. Por supuesto
que, en lugar del cordelillo,
que te va á costar un hueso,
yo esteraría de pleita,
porque la pleita es un género

más barato y de mejor
resultao.
—No, si yo estero;
pero eso sí, que la estera
las *tié* que salir del cuerpo...
¡*Mía* tú!
—Y harás bien.
—¡*Pa* chasco!
¡Sí, que yo me mamo el dedo!

LOS DEL ORDEN

—Pero, hombre, ¡qué sinvergüenzas
son todos estos cochinos
de papeles! En seguida
que roban en cualquier sitio
ú arman *bronca* dos borrachos
por unas copas de vino,
ú descabellan á alguno,
ú cosa por el estilo,
la emprenden con los del cuerpo
de orden público, lo mismo
que si uno fuera el borracho
ú el ladrón ú el asesino,
y esto da gana de...
—Mira,
Gutiérrez, tú eres muy *digno*,
y dicho *se* está que no
puedes hacer caso omiso
de estas cosas; pero debes

tener ya por entendido
que todos los que se ofendan,
como tú, son unos primos.
¿No me ves á mí? Yo agarro
cualisquier periodiquillo,
y en cuanto que leo aquello
de «El autor no ha sido habido»,
le doblo, le llevo á casa
y luego le *inutelizo*.
—Hombre, ¡sí es que me subleva
que estén siempre con lo mismo!
Ellos se figuran que antes
de cometer un delito
nos dicen, pongo por caso:
«Guardias, mañana, en tal sitio
y á tal hora, voy á darle
tres *patás* á un conocido.
Conque no falten ustedes
pa llevarme al *Abanico*».
Ya ves, cuando, si avisaran,
no se escapaba ni Cristo.
—Me parece.
—Por supuesto,
y sin avisar lo mismo.
Dí tú que los superiores
hicieran lo que es debido
y fuesen, como nosotros,
legales, *honraos* y *aztivos*,
y ya verían entonces
si iba *too* Dios á presidio
ú no; pero mientras sean

lo que son, tendremos vicios,
Rodríguez.
—Es *verdaz*.
—Claro
que es *verdaz*. ¿Pues no se ha visto
que á lo mejor vas y llevas
á la *ispeción* del *destrito*,
verbo en gracia, á un espadista,
y resulta que es amigo
del *delegao*, por ejemplo,
y te pones en *redículo*
con *too* el mundo que se entera?
—¡Ya lo creo!
—Anoche mismo
detuvo en la Castellana
López, el seiscientos cinco,
á una *pájara* de *buten*
que iba con cierto *endividuo*
dentro de un *simón*...
—Sí, vamos,
y *ecétera*...
—Pues han ido
y le han puesto de patitas
en la calle, por motivo
de ser ella la señora
del *ispetor*.
—Si está visto
que son unos almendrucos
toos los que prestan servicios.
—*Tiés* razón. En otra parte
cualquiera, aunque hubiese sido

la mujer del presidente
del Consejo de *menistros*,
le dan un ascenso á López,
y aquí ya ves.
—Mira, chico,
tú no has hecho *na* en la vida,
¿no es *verdaz*?
—Ni esto; lo mismo
que tú.
—Pues no seas bruto,
sigue por ese camino,
y si ves que algún periódico
quiere tomarnos de pito,
le coges, le doblas...
—Sí,
y luego le *inutelizo*.

EN EL JUZGADO MUNICIPAL

—Buenos días. (Pausa breve.)
Buenos...
—¡Ya lo hemos oído!
—Perdone usté, como no
me contestan...
—Señor mío,
es que aquí no estamos para
perder el tiempo en cumplidos.
—Ya, ya...
—¿Qué quería usté?
—Saber si es éste el Registro
civil.
—Sí, señor.
—Corriente.
Pues vengo á inscribir un niño
que nació en el veinticuatro,
ayer, á las siete y cinco.

—¿Es usté su padre?
—Creo
que sí, señor.
—Necesito
saberlo de cierto.
—Bien,
pues lo soy.
—¿Y es de legítimo
matrimonio?
—¡Por supuesto!
—Por supuesto no, lo mismo
podía ser natural
ó cosa por el estilo.
—Tiene usté razón.
—Pues, bueno,
hacen falta dos testigos
que puedan acreditar
que es usté el padre del chico.
—¡Va á ser difícil, caramba!...
Diga usté: ¿servirá un primo
de mi señora?
—Según
y conforme.
—Se lo digo
á usté porque casi, casi
ha visto nacer al niño.
—¡Ah! pues sirve.
—Lo peor
es que falta otro testigo.
—No importa; por tres pesetas
le encontrará usté aquí mismo.

—¿Quién?
—Yo, ú otro compañero
cualquiera, y sin compromiso
ninguno. Por consiguiente,
puede usté traer el niño
en seguida.
—¡Hombre, por Dios!
¡Traerle con este frío!...
¡Eso es una atrocidad!
—Pues no hay más remedio. Digo,
á menos que quiera usté
que se haga en su domicilio
la inscripción, en cuyo caso
ya sabe usté que es preciso
gratificar al que vaya
con algo.
—Sí, comprendido.
—Porque no es obligatorio,
¿comprende usté?
—Por lo visto.
¿De modo que aquí hace falta
dar dinero á todo Cristo?
—Así se acostumbra.
—Bueno;
pues yo vendré con el chico,
aunque, por culpa de ustedes,
se me muera en el camino.
—Entonces no venga usté
sin traerse dos testigos
documentados, la cédula
personal, un volantito

de la alcaldía, la fe
de matrimonio, el recibo
de la casa...
—Sí, señor,
¡y un revólver de seis tiros!
¡Qué escándalo! ¿Quiere usté
ver cómo no le registro?
—Por mí, haga usté lo que quiera.
—¿Sí ¡Pues delo usté por visto!

NUESTROS POLÍTICOS

—Tú eres un buey.
—¡Hombre, gracias!...
—Dispensa que te lo diga,
pero es *verdá*. Vamos, díme:
¿qué sabes tú de política
pa meterte en discusiones,
que no entiendes, *toos* los días,
ni qué te importa á ti que *haiga*
república *ú* monarquía?
—¡Claro que me importa, y mucho!
—Pero ven acá, *so* lila.
¿Te has *figurao* por si acaso
que si *trunfa* Ruiz Zorrilla,
como tú quieres, ya van
á darte una canonjía
ó un *menisterio*?
—No.
—Entonces

no hagas el *primo*.

—Oye, Elías,
el hombre debe, ante todo,
tener una idea fija,
porque sin eso no es hombre
como comprendes.

—¡Mentira!
Tu *tiés* la idea, ¿no es eso?
Pues serás toda tu vida
lo que eres, un *vegilante*
del ramo de alcantarillas
cuantimás; y eso si no
viene un gobierno y te quita,
porque le da la real gana,
y *tiés* que comer cordilla.
—O *pué* que suba.

—¡A la calle,
después de hacer la requisa,
subirás! Los que nacemos
va hacer de caballerías,
tenemos que ver, oir
y callar.

—Bueno, pues mira,
eso es lo que á mí me puede
na más; que no *haiga* justicia
pa el pueblo, como quien dice.
Siquiera los *pogresistas*
suprimirán los consumos.
—Y qué, ¿porque los supriman
piensas tú que van á darte
más barata la bebida?

—¡Toma, claro!... y lo has de ver
dentro de muy pocos días.
—¡*U vice* al contrario!
—¡*Mialas!*
No te has *mudao* la camisa
que llevas, cuando está *armá*
la gorda.
—Quita, hombre, quita;
si los revolucionarios
sus paicís á las judías:
¡mucho ruido y *na!*...
—¡Según!
—Estáis gastando saliva
por ahí, en los *comiteses*
ú en las tabernas, y el día,
pongo por caso, que tocan
á coger las carabinas
no *sus* ve ni Dios.
—¡Es claro!
¿Vas á dejar la familia
abandoná?
—Pues entonces,
¿*pa* qué graznas y *cospiras*
á *ca* paso? Por supuesto,
tú *trompiezas* cualquier día
con un prójimo que tenga
malas pulgas, y te quita
la afición y los colmillos
á *trompás.*
—¡Eso sería
lo que fuese!
—Bueno, bueno;

calla y vámonos arriba,
que ya llevamos tres horas
ú más en la alcantarilla.
—Oye; pero que te *coste*
que donde está Ruiz...
—¡No sigas,
ú te tiro de la escala
y vas á la galería!
—¡Qué bruto!
—¡Si es que no quiero
que me hables más de política!
—¿No? Pues ¡viva la república!
—¡Aquí darás tú esos vivas!

DEL NATURAL

—Le digo á usté que no tengo
gana de sermones, ea.
¡Me hace gracia! No parece
sino que porque la Pepa
haiga salido con eso
de *toos* los años, ya queda
uno con la obligación
de aguantar á una tía *pelma*
como usté. ¡Pues señor, bueno!
Eso se lo cuenta usté á ella,
que es la que tiene la culpa.
—¿De modo que te echas fuera
como siempre?
—Pues es claro.
—¡Ah, ladrón!
—¡*Señá* Indalecia,
que la reviento á usté un ojo!
¡Mucho *cuidao* con la lengua!

¿*Nesecita* usté dinero
pa que la muchacha tenga
de todo? Pues esas cosas
se dicen de otra manera,
y no se insulta á los hombres
ni se falta á la decencia.
—Ya lo creo. Si tú *fueses*
como Dios manda y cumplieras,
no habría *nesecidaz*
de decir palabras feas,
pero...
—Vamos, ¿quiere usté
saber una cosa?
—Venga.
—Que su hija de usté no tiene
ni tanto así de vergüenza.
—Eso es mentira.
—El domingo
la vi yo con el *Cangreja*
en un ventorro del Puente
según se va á mano izquierda;
lo cual que no la di un golpe
pa escarmentarla de veras
porque estaba como estaba,
que si no... ¡maldita sea!
Además, no hay en el barrio,
de seguro, quien no tenga
que decir alguna cosa
poco limpia de la Pepa,
y no me da á mí la gana
por hoy de cargar con esa

comisión, *pa* que me tomen
el pelo cuatro *boceras*.
—Si á eso *fuésemos*, también
se le tomarían á ella.
—No sé por qué.
—Porque sabe
ya *too* el mundo lo que media
entre tú y Paca *la pocha*.
—¡Nos ha hecho usté la merienda!
El hombre es libre, señora,
y puede hacer lo que quiera
sin faltar...
—Claro. Lo dijo
Blas y...
—En fin, *señá* Indalecia,
yo no doy *sastifaciones*
ni á Dios, *pa* que usté lo sepa,
pero tengo el corazón
más grande que una libreta
y sé hacerme bien el cargo,
mas que muchos no lo crean.
—¡Ya lo veo!
—Ahí tiene usté
siete reales y tres perras,
pa que compre usté dos libras
de chocolate sin mezcla
y un pañuelo de ocho puntas
pa que se abrigue la Pepa.
—¡No, si generoso lo eres!
—¡Cuando vienen por la buena
sí, señora! Ahora *cuidao*

con meterse en la taberna
y agarrar una *merluza*
superfina, como aquella
de la otra mañana.
—Bueno,
déjate de cuchufletas
y á ver si vas por allí
cualquier día, *tan siquiera*
pa conocerle.
—¡Quizás!
—En fin, tú harás lo que quieras,
descastao, pero te *azvierto*
que si no tienes *concencia*
no te hablo más en mi vida.
—¡Sí, sí, no caerá esa breva!
¡De seguro antes de un año
tenemos otra como ésta!

BOCETO

—¡Melitón!
—¿Qué?
—¡Vamos, hombre!
Sácate el *ganao* y engancha,
si es que quieres. Y tú, Lucio,
á ver si arreglas la baca
y metes en un momento
toos los envoltorios que *haiga*
—Voy.
—¡Pues no *sus* cuesta poco
trabajo mover las patas!
Veis que hay en el parador
la mar de gente que aguarda
que salga el coche, y vosotros
como si no vieseis nada.
—Bueno, calle usté.
—En diciendo
que no *sus* da la real gana

de trabajar, ni Dios padre
sus espabila. ¡Sí, canta,
piazo de burro, y verás
cómo te pongo la cara
de mamporros! ¡Eh, señora!...
¡Pero, hombre, qué poca *lacha!*
¡Ya podía usté haber hecho
esa operación en casa!
¿O es que á usté se le figura
que el patio es alguna cuadra?
—¡Ay, hijo, usté me dispense!
¡Es que ya no me acordaba
de que esto es la *catredal!*...
—¡Sí, véngase usté con guasas
ntoavía, que ha tenido
la *ocurrencia* mucha gracia!
¡*Miste* la muy!...
—¡Señor Paco!
¿qué mulas pongo en las varas?
¿La torda *ú* la *Pelegrina*,
ú la *Coronela ú cúala?*
—Pon las dos tordas, que son
las que están más descansadas,
pero *darsos* prisa.
—Ya
no falta más que enganchar las,
y eso se hace en dos minutos.
—¿Habéis *cargao* ya la jáquima
del señor cura?
—Sí.
—Bueno;

porque está aquí empantanada
desde el viaje *antepasao*,
y dice que le hace falta.
No tengamos luego músicas,
mira que es un cascarrabias.
—¡Que no señor!
—¡Pues andando!
¡Á ver los de Valdegárgaras,
súbanse *ustés* al *vedículo*
que va á arrancar!
—¡Hombre, gracias
á Cañete! ¡Ya era hora!
—Por eso lo digo.
—Vaya,
conque adiós, *señá* Benita.
¿Se le ofrece á usté algo?
—Nada.
¡Ah! Díle á la Baldomera
que no sea tan sosaina,
y que á ver si tiene pronto
familia.
—¡Lo que es por ganas
no quedará!
—Y á él le dices
que se parece á la casa
de Astrarena, que no tiene
más que *muchisma* fachada.
—Bueno.
—¡Que no *te se* olvide!
¡Ah! *Recaos* á la Gaspara.
—De su parte de usté.
—Lucio,

échame *pa* acá esa tralla
y cierra la portezuela.
¿Estamos ya?
—Sí.
—¡Pues arza!
¡Eh, caballeros, que mancho!
¡Riá! *¡Coronela! ¡Gitana!*...

HISTÓRICO

Estaban hace dos noches
en casa de la de Rivas,
haciendo tertulia, varias
personas distinguidísimas,
invitadas de antemano
para aquella función íntima
por la dueña de la casa,
que es una dama muy fina.
Hablose de todo aquello
que en tales casos se estila;
después tocó la de Prada,
luego cantó la de Prida,
é inmediatamente, á ruego
de muchos, leyó unas rimas
el ilustre primogénito
de los duques de la Fístula,
que hace versos de primera,
según dice su familia,

y cuentan que, cuando todos
con más atención oían
el cúmulo de bobadas
que el mancebo les decía,
oyeron los tertulianos
una explosión algo tímida,
de aquellas que tan mal suenan
donde hay gente bien nacida.
Suspendió el futuro duque
la lectura de las rimas,
como hubiera hecho cualquiera
en una ocasión tan crítica;
cambiaron los circunstantes
miradas harto expresivas
para aquel que no tuviera
la conciencia muy tranquila,
y cuando ya se iba haciendo
la cosa dificilísima,
porque ninguno intentaba
decir *esta boca es mía*,
un caballero muy gordo,
barítono de capilla,
que estaba sentado cerca
de donde el otro leía,
balbuciente y con la faz
por el rubor encendida,
exclamó:—¡Perdón, señores!
¡Yo pensé que no se oiría!...

Á MI CHACHA

¡Mulata del *arma* mía!
¡*Vidiya* de mi persona!
Mardita sea mi estampa
y malos *mengues* me coman
el *garlochí* y el pechito
con una *carpa* rabiosa;
asín me se caiga el pelo
antes de pasar dos horas;
asín me vea en la *trena*
enchiquerao á la sombra,
derramando por los *clisos*
lágrimas como *beyotas*
y no pueda *diquelar*
tu *fila entusiasmadora*,
ni tus *pinreles* gitanos,
ni los *piños* de tu boca;
asín premita el Señor
el que me den en la horca

diez mil *güertas* al *gañote*
con una *guita mu* gorda,
si al *fartarte* á la *consinia*
no fué por causa del posma
del sargento *Boquerones*,
que *describió* una *epistola*
pa una señora parienta,
que no sé lo que le toca,
y quería hacerme *dir*
con *eya* al barrio de Pozas.
Al oir aquel mandato
perdí la *pacencia* toda,
y fué tal mi *indisnasión*,
que en el *mesmo* punto y hora
fuí ¡zas! y le *ensondiñé*
dos *trompás* en la *chinostra*,
hasiéndole dos *chinchones*
lo *mesmo* que dos pelotas.
Él fué y me dió una *gayeta*,
y yo, en la defensa propia,
le eché al *piscuezo* las uñas,
que las tenía nerviosas,
y tanto apreté, que... vamos,
si no le quitan me *ajoga*.
Le dió parte al *comendante*
el capitán *Cantimplora*,
¡que ya me está á mi cargando
con sus partes y sus cosas!
y me arrestaron, lo cual
que lo tengo á mucha honra.
Esta es la pura *chipendi*,

y el que te cuente otra cosa
es un mendrugo sin *lacha*
que te *quié diñar* la coba.
Ya sé que no faltarán
algunos *cachos de rosca*
que por envidia te digan
que me han *diquelao* con otra;
pero no les hagas caso,
chiquiya, no seas tonta,
que el *arma* de este *sordao*
es *pa* ti, *pichorrondona*.
¡Yo con otra, Virgen Santa,
distinguiéndome una Lola
que es la gitana más *túrgida*
que ha *salío* de la Rioja!
¡*Cambearte* por otra á ti,
que te *trais* tan buenas cosas,
y te timas, y te bailas,
y te cantas y te tocas...
y... en fin, no quiero pensar
en esto, porque te *costa*
que si me *enrito*, Dolores,
soy capaz, por tu *presona*,
de comerle la *asaura*
hasta al *mesmo zuzum corda*.
Hoy ha *estao* á *vesitarme*
el novio de la Ramona,
y *quié* que le haga del cuerpo
donde yo esto*y*, que en la tropa
es el que más se *destingue*,
como tú sabes de sobra.

Ya he *tratao* de esta *custión*
con el *surteniente* Acosta,
que me aprecia más que el *gayo*,
porque le limpio las botas,
y me ha *dao* una tarjeta
pa el *menistro* de la *Gorra*,
que es primo *carná* de un tío
de un hermano de su novia.
Creo que á la *fin* le harán
del cuerpo á ese papamoscas;
pero díle á su *chavala*
que hay que darle alguna cosa
al *citao surteniente*
pa que se tome unas copas.
Esto es lo que se acostumbra
á hacer entre las *presonas*
que saben lo que es *pulítica*
y educación y *presodia*.
¡Dolores del *arma* mía!
¡Luz de donde el sol la toma!
Mañana sin falta alguna,
cuando salgas á la compra,
no dejes de *aprosimarte*
por la taberna del *Cosca*,
donde estará tu *chachito*
más *chalao* que una *canoa*,
esperándote *pa* echar
unas *limpias* de Monóvar.
Bájate un par de pesetas,
porque no tengo una *mota*
y va ya *pa* tres semanas

que estoy fumando de *moga*.
¡Adiós, *hurín* del desierto!
¡Hermosísima paloma!
no *te se* olviden los cuartos,
y recibe en esa boca
dos mil *miyones* de besos,
que te envía por la posta
este *sordao*, que te quiere
más que Dios.—*Cañuto*.

(Es copia.)

HOJAS DE UNA CARTERA

ENERO

A espaldas de su mamá
me ha confesado que está
loquita completamente,
y lo ha demostrado ya
superabundantemente.

FEBRERO

Aumenta que es un horror
este amor devorador,
que raya en idolatría.
¡Esto es amar con calor,
lo demás es tontería!

MARZO

Me enloquece mi morena
y esta vida me *suicida*,
me disloca, me enajena
y me... en fin, es una vida
buena, ¡buena! ¡buena! ¡¡buena!!

ABRIL

Hace ya una temporada
que su madre está enojada
de una manera alarmante,
y la chica reservada,
y displicente y cargante.

MAYO

Trata de boda la gente
de su casa, formalmente,
y aunque es cosa natural
á mí me huele muy mal,
si he de hablar ingenuamente.

JUNIO

Esta tarde me ha cogido
por su cuenta la mamá
de mi novia y me ha advertido
que es muy bruto su marido.
¡Diablo, por qué lo dirá!

JULIO

La pobrecilla no cesa
de llorar, y mi sorpresa
va creciendo ya de un modo...
Hoy me ha dicho que le pesa...
¡Ahora lo comprendo todo!

AGOSTO

Sigue llorando la Paca.
Su madre me da matraca
sin cesar. Yo me resisto,
y su padre saca el Cristo;
es decir, saca la estaca.

OCTUBRE

Subí á su casa, llamé,
abrió su papá y entré.
.....
No llegó la sangre al río,
¡pero la paliza fué
de padre y muy señor mío!

ÍNDICE

	Páginas.
Prólogo	5
¡Oh, el honor!	11
Predicar en desierto	15
Uno de tantos	19
La canción de siempre	21
Al señor Martínez	25
Una consulta	29
Saldo de cuentas	33
Rompimiento	37
Máximas, reflexiones y consejos	41
Madrileñerías	45
Un hombre corrido	49
Vía-Crucis	59
El testamento	67
En el corredor	71
Desengaño	77
De tiendas	79
Menudencias	85
Trato sin consumación	87
Gajes del oficio	94
El que hace un cesto	97
Señoras bufas	101
Entre maestros	105
Apreciaciones	109
Sermón perdido	113
Nuestros artistas	117

Páginas.

Los conspiradores 121
Compañerismo 125
Los cursis 129
Entre caballeros 133
Conversación 137
En la Alhambra 141
Á un posma 147
Chulerías 151
Pequeñeces 155
Un jefe de gobierno 159
Entre aficionados 171
Interrogatorio 175
En la calle de Toledo 179
Lo de siempre 183
El teatro por dentro 187
Un escalo 191
Paco y Manuela 195
Cosas de Madrid 199
En la peluquería 203
Declaración 207
Las mamás del coro 211
Un juerguista 215
Cosas de ellos 219
Los del orden 223
En el juzgado municipal 227
Nuestros políticos 231
Del natural 235
Boceto 239
Histórico 243
A mi chacha 245
Hojas de una cartera 251